James Joyce

Los muertos

Cuento de una noche de Navidad

Ilustraciones de Sandra Rilova

James Joyce

Los muertos

Cuento de una noche de Navidad

Ilustraciones de Sandra Rilova

Sandra Rilova

(Burgos, 1988). Licenciada en Bellas Artes por la Universidad del País Vasco, se formaría, también, en las escuelas Eina y Joso de Barcelona, para empezar su carrera como ilustradora en el año 2018. En el transcurso de estos años ha publicado varios libros ilustrados como La Reina de Picas de Alexander Pushkin, El Mundo de Sofía de Jostein Gaarder o Transformaciones de Anne Sexton. Recientemente ha trabajado en un gran proyecto del Museo Hans Christian Andersen en Odense, Dinamarca, ilustrando pasajes de la vida del autor y algunas de sus obras más conocidas.

Su obra ha sido reconocida por certámenes internacionales como el World Illustration Awards 2017, V&A Illustration Awards 2020. También ha sido finalista en el Golden Pinwheel Young Illustrators Competition 2020 y en la 56th edition of 2022 Bologna Children's Book Fair

James Joyce

(Dublín, 1882-Zúrich, 1941) fue un escritor irlandés, mundialmente reconocido como uno de los más importantes e influyentes del siglo XX, aclamado por su obra maestra, Ulises (1922), y por su controvertida novela posterior, Finnegans Wake (1939). Igualmente ha sido muy valorada la serie de historias breves titulada Dublineses (1914), así como su novela semiautobiográfica Retrato del artista adolescente (1916). James Joyce es representante destacado de la corriente literaria de vanguardia denominada modernismo anglosajón, junto a autores como T.S. Eliot, Virginia Woolf, Ezra Pound o Wallace Stevens.

La velada navideña en casa de las señoritas Morkan es el acontecimiento anual por excelencia. El hogar se llena de risas, música y baile para gran disfrute de los invitados y sus anfitrionas. Pero también del quedo silencio de los que ya no están. La memoria de los que nos dejaron llevará a los personajes a recorrer caminos largo tiempo olvidados. El lector, de la mano de Gabriel Conroy, perdido en el reflejo de la noche blanca dublinesa, asistirá a una epifanía, ya inmortal en los anales de la literatura, que anticipa las técnicas renovadoras que empleó Joyce en Retrato del artista adolescente y Ulises.

Los muertos constituye uno de los hitos más destacados de la obra de James Joyce. También es una de las grandes joyas de la narrativa corta de todos los tiempos.

Los muertos

James Joyce

Traducción de Esther Cruz Santaella

Ilustraciones de Sandra Rilova

catedral

LOS MUERTOS

Lily, la hija del guardés, corría de una punta a la otra, literalmente. Apenas había acabado de acompañar a un caballero hasta la pequeña alacena situada detrás del despacho de la planta baja, donde lo ayudaba a quitarse el abrigo, cuando ya estaba sonando de nuevo, jadeante, la campana de la puerta del recibidor, y la joven debía apresurarse por el pasillo vacío para dejar pasar a otro invitado. Una suerte no tener que ocuparse también de atender a las damas. Por supuesto, la señorita Kate y la señorita Julia habían tomado eso en cuenta y habían convertido el baño de arriba en un vestidor para las señoras. Y allí estaban ellas, la señorita Kate y la señorita Julia, cotilleando, riéndose y haciendo aspavientos, yendo la una detrás de la otra hasta las escaleras para asomarse por encima de la barandilla y preguntarle a gritos a Lily quién había llegado.

El baile anual de las señoritas Morkan siempre era un gran acontecimiento. Todo el que las conocía asistía puntual: familiares, viejos amigos de la familia, los miembros del coro de Julia, cualquier alumna de Kate que fuese lo bastante mayor e incluso algunas de las alumnas de Mary Jane. Ni una sola vez había acabado en fracaso. Por lo que todo el mundo recordaba, durante años se había desarrollado de forma espléndida; siempre, desde que Kate y Julia se marcharan de la casa ubicada en el barrio de Stoney Batter, tras morir su hermano Pat, y se llevasen a Mary Jane, su única sobrina, a vivir con ellas en la oscura y sombría casa de la calle Usher's Island, cuya planta superior le habían alquilado al señor Fulham, el comerciante de cereales que ocupaba la planta baja. Y de eso ya habían pasado treinta años, si no más. Mary Jane, entonces una niña pequeña que aún vestía con ropa corta, había acabado siendo el principal sostén de la casa como responsable del órgano en Haddington Road. Había concluido su formación en la academia de música y todos los años daba un concierto con sus alumnas en la sala de arriba de los Antient Concert Rooms.1 Muchas de esas alumnas pertenecían a las mejores familias de la otra punta del ferrocarril que llegaba a los acaudalados barrios de

Kingstown y Dalkey. Por mayores que fuesen ya, las tías de Mary Jane también aportaban su granito de arena. Julia, pese a peinar bastantes canas, seguía siendo la soprano principal en Adam and Eve's, mientras que Kate, demasiado débil para andar trajinando, daba clases de música a principiantes en el viejo piano de mesa del salón comedor.2 Lily, la hija del guardés, les hacía las tareas domésticas. Pese a llevar una vida modesta, creían en la importancia de comer bien. Siempre lo mejor: el corte de ternera más exclusivo, el té más caro y la cerveza negra embotellada de mayor calidad. En todo caso, Lily no solía cometer errores con los mandados, por lo que se llevaba bien con las tres señoritas. Eran quisquillosas, nada más. Lo único que no soportaban eran las réplicas.

Por supuesto, en noches como aquella tenían buenos motivos para ser quisquillosas. Además, hacía rato que habían dado las diez y seguían sin saber nada de Gabriel ni de su esposa. Por otro lado, le tenían un miedo horroroso a que Freddy Malins pudiera presentarse entonado. Por nada del mundo querían que ninguna de las alumnas de Mary Jane lo viese en ese estado y, cuando se encontraba así, a veces resultaba complicado manejarlo. Freddy Malins siempre llegaba tarde, pero a Gabriel no sabían lo que podría estar retrasándolo, y eso era lo que las llevaba cada dos minutos a la barandilla: preguntarle a Lily si habían llegado Gabriel o Freddy.

—Ay, señor Conroy —le dijo Lily a Gabriel al abrirle la puerta—. La señorita Kate y la señorita Julia creían que no iba a venir usted nunca. Buenas noches, señora Conroy.

—Segurísimo que lo estarían pensando, pero olvidaron contar con que aquí mi esposa tarda tres horas eternas en arreglarse.

Gabriel se quedó sobre la alfombrilla raspándose la nieve de los chanclos, mientras Lily acompañaba a su esposa a los pies de las escaleras y gritaba:

—Señorita Kate, la señora Conroy está aquí.

Kate y Julia bajaron de inmediato las oscuras escaleras con paso inseguro. Las dos saludaron con besos a la esposa de Gabriel, le dijeron que parecía estar muerta en vida y le preguntaron si Gabriel

había llegado con ella.

—¡Aquí estoy! Sin falta, como el correo, tía Kate. Subid, subid. Ahora voy yo —gritó Gabriel desde la oscuridad.

El hombre siguió raspándose los pies con vigor mientras las tres mujeres iban escaleras arriba, riéndose, hacia el vestidor de las damas. Un leve cerco de nieve descansaba cual capa sobre los hombros del abrigo de Gabriel y cual punteras sobre los extremos de sus chanclos; y, conforme los botones del abrigo se iban colando con un chirrido por el tejido de paño endurecido por la nieve, un aire frío y fragrante procedente de fuera se escapaba entre grietas y pliegues.

—¿Está nevando otra vez, señor Conroy? —preguntó Lily.

La muchacha había ido delante de él hasta la alacena para ayudarlo con el abrigo. Gabriel sonrió al percibir el marcado acento dublinés con el que Lily había dividido su apellido en tres sílabas y se quedó mirándola. Era una joven delgada, aún en edad de crecer, de tez pálida y con el pelo del color del heno. La lámpara de gas de la alacena la hacía lucir aún más macilenta. Gabriel la conocía desde que era una cría y se sentaba en el escalón de abajo a acunar una muñeca de trapo.

—Sí, Lily, y creo que nos espera una noche entera de nieve.

Gabriel levantó la vista para mirar el techo de la alacena, que temblaba con las pisadas y arrastres de pies de la planta de arriba; se paró a escuchar un momento el piano y luego dirigió los ojos a la joven, que estaba guardando con cuidado su abrigo doblado al fondo de un estante.

—Dime una cosa, Lily, ¿todavía vas a la escuela? —le preguntó en tono amable.

—Ay, no, señor. Ya he acabado de estudiar este año, y para siempre.

—Vaya, supongo entonces que el día menos pensado celebraremos el enlace con tu buen mozo, ¿eh? —dijo Gabriel animado.

Lily volvió la cabeza para mirarlo sobre el hombro y respondió con gran amargura:

—A los hombres de ahora solo les interesa la zalamería y lo que puedan sacarle a una.

Gabriel se ruborizó al pensar que había cometido un error y, sin mirarla, se quitó los chanclos y usó la bufanda para restregar con energía los zapatos de charol.

Era un varón más o menos alto y fornido. El color intenso de las mejillas le subía hasta alcanzar incluso la frente, donde se difuminaba en unos pocos parches amorfos de un rojo pálido; en el rostro lampiño le centelleaban incansables unas lentes pulidas y la

montura dorada y brillante de las gafas que le cubrían los delicados ojos inquietos. El pelo, negro y lustroso, lo llevaba peinado con la raya en medio, describiéndole una curva larga detrás de las orejas, donde se le rizaba ligeramente bajo la marca dejada por el sombrero.

Cuando le hubo sacado el lustre a los zapatos, se puso en pie y se tiró del chaleco para ajustárselo mejor al cuerpo rollizo. Seguidamente, sacó con rapidez una moneda del bolsillo.

—Bueno, Lily —dijo, mientras metía la moneda entre las manos de la joven—, es Navidad, ¿verdad? Así que… aquí tienes…

Y caminó veloz hacia la puerta.

—¡Ay, no, señor! —gritó la joven, y fue tras él—. Señor, de verdad, no puedo aceptarlo.

—¡Es Navidad! ¡Navidad! —replicó Gabriel, prácticamente corriendo hacia las escaleras mientras le hacía un gesto de rechazo con la mano.

Al ver que el hombre había llegado ya a las escaleras, Lily exclamó:

—Bueno, muchas gracias, señor.

Gabriel esperó a que acabase el vals ante la puerta del salón principal, escuchando cómo las faldas rozaban contra ella y los pies arrastraban por el suelo. Seguía descompuesto por la réplica amarga y repentina de la joven; lo había envuelto en una pesadumbre que intentaba disipar arreglándose los puños y los lazos de la pajarita. A continuación, se sacó un papelito del bolsillo del chaleco y miró los apartados en los que había estructurado su discurso. Seguía indeciso con los versos de Robert Browning, pues temía que pudieran ser muy elevados para las cabezas de sus oyentes. Sería mejor optar por citas que pudieran reconocer, de Shakespeare o de las melodías de Moore.3 El repiqueteo nada delicado de los tacones de los hombres y el arrastrar de las suelas de sus zapatos le recordaron a Gabriel que ellos no tenían su mismo nivel cultural. Si les citaba una poesía que no supieran entender, únicamente lograría ponerse en ridículo. Pensarían que estaba alardeando de su educación superior.

Fracasaría ante esa gente, igual que le había ocurrido con la joven en la alacena. Había adoptado el tono equivocado. Su discurso era un error por entero, de principio a fin: un fracaso absoluto.

En ese momento, sus tías y su esposa salieron del vestidor de las señoras. Las tías eran dos mujeres mayores y menudas, vestidas con ropas sencillas. La tía Julia medía como un centímetro más que su hermana. Tenía el pelo gris, peinado de forma que le cubría un poco las puntas de las orejas; gris también, pero con sombras más oscuras, era su rostro, grande y flácido. Pese a ser de complexión robusta e ir siempre muy derecha, la lentitud de sus ojos y los labios entreabiertos le daban el aspecto de una mujer que no sabía dónde estaba ni adónde iba. La tía Kate era más vivaracha. La cara, más saludable que la de su hermana, la tenía llena de arrugas y pliegues, como una manzana roja reseca, y el pelo, trenzado al mismo estilo antiguo, no había perdido su color de nuez madura.

Las dos le dieron unos besos sinceros a Gabriel. Era su sobrino favorito, el hijo de su hermana mayor ya fallecida, Ellen, que se había casado con T. J. Conroy, cargo de la Autoridad Portuaria.

—Gabriel, me ha contado Gretta que esta noche no vais a volver en carruaje a Monkstown —dijo la tía Kate.4

—No —respondió el sobrino, y miró a su esposa—. Ya tuvimos bastante el año pasado, ¿verdad? ¿No te acuerdas, tía Kate, del catarro con el que acabó Gretta? Las ventanas del carruaje fueron traqueteando todo el camino y, pasado Merrion, nos entraba el viento del este. Una alegría fue aquello. Gretta tuvo un resfriado horrible.5

La tía Kate frunció el ceño en gesto serio y asintió ante cada una de las palabras.

—Tienes razón, Gabriel, tienes razón. Toda precaución es poca.

—Aunque si fuera por Gretta, ella se iría a casa andando entre la nieve si la dejásemos.

La señora Conroy se echó a reír.

—No le hagas caso, tía Kate —dijo Gretta—. Este hombre es un tostón. A Tom le hace taparse los ojos de noche con lentes verdes y lo pone a levantar pesas, y a Eva la obliga a comerse las gachas. ¡Pobrecita! ¡Es que no puede ni verlas! Pero, bueno, no adivinarías nunca lo que ha dispuesto que tengo que llevar yo ahora.

Estalló en una carcajada y miró a su esposo, cuyos ojos, felices y en gesto de admiración, habían ido paseando desde el vestido de la mujer hasta su cara y su pelo. Las dos tías también se reían con ganas, pues la diligencia de Gabriel era una broma recurrente entre ellas.

—¡Chanclos! —siguió la señora Conroy—. Esa es su última ocurrencia. Cada vez que el suelo está húmedo, tengo que colocarme los chanclos. Quería que me los pusiera incluso esta noche, pero no he consentido. Lo próximo que va a comprarme va a ser un traje de buzo.

Gabriel se echó a reír nervioso y se tocaba la pajarita para tranquilizarse, mientras la tía Kate estaba casi doblada por la mitad de lo que disfrutaba con aquel chascarrillo. La sonrisa desapareció pronto de la cara de la tía Julia, que dirigió unos ojos desprovistos de gracia hacia la cara del sobrino. Tras una pausa, preguntó:

—¿Y qué son chanclos, Gabriel?

—¡Chanclos, Julia! —exclamó su hermana—. Madre de mi vida, ¿no sabes lo que son los chanclos? Pues lo que te pones encima de… encima de las botas, ¿verdad, Gretta?

—Sí. Unas cosas de gutapercha. Ahora los dos tenemos un par. Gabriel dice que en Europa los lleva todo el mundo.

—Ah, vaya, en Europa… —murmuró la tía Julia, asintiendo lentamente.

Gabriel arrugó la frente y, como si estuviese un poco molesto, dijo:

—Una preciosidad no son, pero a Gretta le parecen muy graciosos porque dice que la palabra le recuerda a los Christy Minstrels. 6

—Pero bueno, Gabriel, dime —intervino la tía Kate mostrando una

rápida diplomacia—. De la habitación te habrás encargado, claro. Ya me estaba contando Gretta…

—Sí, con la habitación no hay problemas. He reservado en el Gresham.7

—Desde luego, es lo mejor que podéis hacer —apuntó la tía Kate—. ¿Y los niños, Gretta? ¿No estás intranquila por ellos?

—Ay, por una noche… Además, Bessie se va a ocupar de cuidarlos.

—Desde luego —repitió la mujer—. ¡Qué comodidad tener a una muchacha como ella con la que poder contar! Ahí está Lily, que no termino de saber qué le pasa últimamente. No es ni de lejos la misma que antes.

Gabriel estaba a punto de hacerle a su tía unas preguntas sobre esa cuestión, pero de repente la mujer se apartó y siguió con la mirada a su hermana, que se había ido hacia las escaleras y tenía el cuello estirado por encima de la barandilla.

—Pero, bueno —dijo casi en tono irritado—, ¿me podéis decir adónde va Julia ahora? ¡Julia! ¡Julia! ¿Adónde vas?

La hermana, que ya había bajado la mitad de un tramo de escaleras, regresó y anunció inexpresiva:

—Ha llegado Freddy.

En el mismo momento, unos aplausos y una última floritura del piano les indicaron que el vals había acabado. La puerta del salón principal se abrió desde dentro y salieron algunas parejas. La tía Kate llevó apresurada a Gabriel a un lado y le susurró al oído:

—Baja en un salto, Gabriel, haz el favor, y mira a ver si Freddy está bien, y no lo dejes subir si lo ves achispado. Seguro que lo está. Seguro.

Gabriel fue a las escaleras y se paró a escuchar por encima de la barandilla. Alcanzaba a oír a dos personas hablar en la alacena. Entonces, reconoció la risa de Freddy Malins y procedió a bajar las escaleras haciendo ruido.

—Menudo alivio tener aquí a Gabriel —le dijo la tía Kate a la señora Conroy—. Siempre me quedo más tranquila cuando está él… Julia, aquí la señorita Daly y la señorita Power van a tomar un refrigerio. Gracias por su precioso vals, señorita Daly. Ha sido un rato encantador.

Un hombre alto de rostro arrugado, con un bigote canoso y rígido y la piel morena, pasaba por delante con su acompañante y dijo:

—¿Podríamos apuntarnos a ese refrigerio, señorita Morkan?

—Julia, estos son el señor Browne y la señorita Furlong —respondió sumariamente la tía Kate—. Acompáñalos junto a la señorita Daly y a la señorita Power.

—Soy el caballero perfecto para las damas —dijo el señor Browne, y frunció los labios hasta que el bigote se le erizó mientras sonreía aguzando todas sus arrugas—. Verá, señorita Morkan, el motivo de que me aprecien tanto es que…

No acabó la frase, pero, al ver que la tía Kate ya no alcanzaba a oírlo, condujo de inmediato a las tres jóvenes al salón comedor. El centro de la estancia estaba ocupado por dos mesas cuadradas colocadas una pegada a la otra y, sobre ellas, la tía Julia y el guardés estaban estirando y alisando un paño grande. En el aparador se habían dispuesto platos y bandejas, además de vasos y puñados de cuchillos, tenedores y cucharas. La parte superior del piano de mesa, cerrado entonces, servía asimismo como apoyo para viandas y dulces. Ante otro aparador más pequeño, en una esquina, había dos hombres jóvenes tomando unas bebidas refrescantes.

El señor Browne guio hacia allá a sus pupilas y las invitó a todas, en broma, a tomar un ponche para señoras: caliente, fuerte y dulce. Al responder ellas que nunca tomaban nada fuerte, el hombre les abrió tres botellas de limonada. Entonces, le pidió a uno de los jóvenes que se apartase y, haciéndose con el decantador, se sirvió una buena medida de whisky. Los jóvenes lo miraron con respeto mientras el señor Browne probaba la bebida dando un sorbo.

—Dios me asista —dijo, sonriendo—. Son órdenes del médico.

La cara arrugada del hombre se abrió en una sonrisa más amplia y las tres jóvenes se rieron creando un eco musical ante aquel comentario jocoso, meciendo los cuerpos adelante y atrás, con unos espasmos nerviosos en los hombros. La más atrevida apuntó:

—Ay, señor Browne, por favor, seguro que el médico no le ha ordenado nada así.

El hombre le dio otro sorbo al whisky y, en una furtiva imitación, le respondió:

—Bueno, verá usted, yo soy como la señorita que cuentan que una vez dijo: «Ay, Mary Grimes, cariño, si no me lo como, haz que me lo coma, porque me parece que lo quiero».

Tenía la cara enrojecida echada hacia delante en un gesto de quizá demasiada confidencia y había adoptado un acento dublinés de los bajos fondos, así que las jóvenes, por instinto, acogieron su comentario en silencio. La señorita Furlong, una de las alumnas de Mary Jane, le preguntó a la señorita Daly cómo se llamaba el bonito vals que había tocado, y el señor Brown, al ver que no le hacían caso, se volvió rápidamente hacia los dos muchachos, que mostraban mayor aprecio.

Una joven de rostro colorado, vestida con el color violeta de la flor del pensamiento, entró en la habitación aplaudiendo emocionada y gritando:

—¡Baile de cuadrilla! ¡Baile de cuadrilla!

Pisándole los talones apareció la tía Kate, que exclamó:

—¡Dos caballeros y tres damas, Mary Jane!

—Sí, aquí están el señor Bergin y el señor Kerrigan —dijo Mary Jane—. Señor Kerrigan, ¿se ocupa de la señorita Power? Señorita Furlong, podría ponerle de compañero al señor Bergin. Con eso ya estaría.

—Tres damas, Mary Jane —insistió la tía Kate.

Los dos jóvenes caballeros les preguntaron a las damas si les

concedían el placer y Mary Jane se dirigió entonces a la señorita Daly.

—Ay, señorita Daly, ha sido usted de lo más generosa tocando en los dos últimos bailes, pero de verdad que estamos muy escasas de damas esta noche.

—No me molesta lo más mínimo, señorita Morkan.

—Tengo además un buen compañero para usted: el señor Bartell D'Arcy, el tenor. Más tarde le pediré que cante. Todo Dublín habla maravillas de él.

—¡Una voz encantadora! ¡Encantadora! —añadió la tía Kate.

Dado que el piano había comenzado por dos veces el preludio de la primera figura, Mary Jane condujo a sus reclutas rápidamente a la otra sala. Apenas se habían ido cuando la tía Julia entró con caminar lento en la estancia, mirando algo tras de sí.

—¿Qué ocurre, Julia? —le preguntó la tía Kate ansiosa—. ¿Quién es?

Julia, que iba cargada con una columna de servilletas de tela, se dirigió a su hermana y, como si la pregunta la hubiese sorprendido, le dijo sin más:

—Es Freddy, Kate, y Gabriel, que lo acompaña.

Efectivamente, tras ella podía verse a Gabriel conduciendo a Freddy Malins por el descansillo. Este último, un varón de unos cuarenta años, era del mismo tamaño y complexión que Gabriel, con unos hombros redondos. Tenía la cara rolliza y pálida, salpicada de color solo en los lóbulos gruesos y colgantes de las orejas y en las anchas aletas de la nariz. Sus rasgos eran rudos, con una nariz roma, una frente convexa y rala y unos labios inflados y saltones. Los ojos, de párpados pesados, y el desorden del escaso pelo que le quedaba le daban aspecto somnoliento. Se reía con muchas ganas y en un tono elevado por una historia que le había estado contando a Gabriel mientras subían las escaleras, y al mismo tiempo se frotaba el ojo izquierdo con los nudillos del puño izquierdo, adelante y atrás.

—Buenas noches, Freddy —dijo la tía Julia.

Freddy Malins les devolvió el saludo a las señoritas Morkan de una manera que pareció descortés a causa del quiebro habitual de su voz y, a continuación, al ver que el señor Browne le sonreía desde el aparador, atravesó la estancia con unas piernas algo temblorosas y empezó a repetir en voz baja la historia que acababa de relatarle a Gabriel.

—No está tan mal, ¿no? —le preguntó la tía Kate a este último.

Gabriel tenía las cejas oscuras, pero las subió muy rápido y respondió:

—No, qué va, apenas se nota.

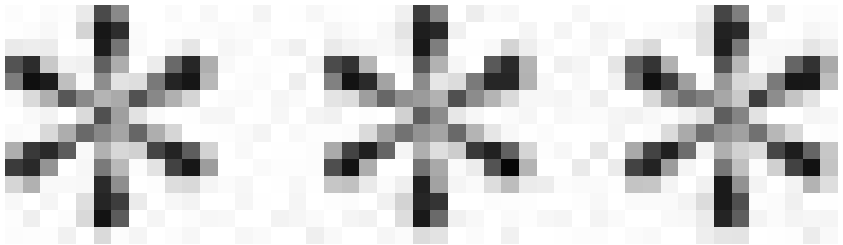
—¡Ay, pero es un hombre incorregible! Y su pobre madre, que le hizo jurar en Año Nuevo que no iba a beber más... En fin, Gabriel, ven, vamos al salón.

Antes de marcharse de allí con su sobrino, la tía Kate le hizo un gesto al señor Browne con el índice, que arrugó y movió de un lado a otro en señal de advertencia. El señor Browne asintió como respuesta y, cuando la mujer se hubo ido, le dijo a Freddy Malins:

—Oye, Teddy, voy a ponerte ahora mismo un buen vaso de limonada para que te repongas.

Freddy Malins, que estaba acercándose al clímax de su relato, rechazó el ofrecimiento con impaciencia, pero el señor Browne, después de llamarle la atención por una falta en su atuendo, le sirvió y le acercó un vaso lleno de limonada hasta arriba. La mano izquierda de Freddy Malins aceptó el vaso de forma mecánica, mientras la derecha estaba enfrascada en el reajuste también mecánico de su vestimenta. El señor Browne, cuyo rostro volvía a estar arrugado de contento, se sirvió un vaso de whisky mientras Freddy Malins, antes incluso de haber acabado de llegar al punto álgido de la historia, explotaba en un ataque de risa bronquítica y aguda, para a continuación, después de dejar a un lado el vaso intacto y a rebosar, empezar a frotarse el ojo izquierdo con los nudillos del puño izquierdo, adelante y atrás, repitiendo palabras de

su última frase en la medida en que se lo permitían las carcajadas.



Gabriel no era capaz de atender mientras Mary Jane interpretaba ante un silencioso salón principal su pieza académica, repleta de pasajes rápidos y complicados. Le gustaba la música, pero lo que la muchacha estaba tocando, a su parecer, no tenía melodía, y dudaba de que la tuviese para el resto de oyentes, aunque todos le hubiesen rogado a Mary Jane que interpretase algo. Cuatro jóvenes habían salido de la sala de aperitivos y se habían detenido en la entrada del salón ante el sonido del piano, pero se habían alejado en silencio un par de minutos después. Las únicas personas que parecían seguir la música eran la propia Mary Jane, con las manos correteando por el teclado o levantadas en las pausas (como las de una sacerdotisa en un instante de imprecación), y la tía Kate, de pie a su lado para pasar la partitura.

Los ojos de Gabriel, irritados por el brillo del suelo a causa de la cera de abejas iluminada por la pesada lámpara de araña, deambularon hasta la pared que quedaba sobre el piano. Allí colgaba una imagen de la escena del balcón de Romeo y Julieta y, al lado, un cuadro de los dos príncipes asesinados en la Torre de Londres que la tía Julia había tejido de pequeña con hilos de color rojo, azul y marrón.8 Seguramente, en la escuela a la que habían ido de niñas les hubiesen enseñado ese tipo de trabajos manuales, pues una vez la madre de Gabriel le había regalado por su cumpleaños un chaleco de popelina morada con cabecitas de zorros bordadas y un remate de satén marrón, con unos botones redondos de moras. Era raro que su madre no hubiese mostrado ningún talento para la música, pese a que la tía Kate solía decir de ella que era la portadora de cerebros de la familia Morgan. Tanto ella como Julia siempre habían transmitido cierto orgullo por su hermana,

mujer seria y madura. Su fotografía estaba situada delante del espejo trumeau. Tenía un libro abierto sobre las rodillas y le señalaba algo a Constantine, que, vestido con un traje de marinerito, estaba sentado a sus pies. Fue ella quien eligió los nombres de sus dos hijos, pues se tomaba muy en serio la dignidad de la vida familiar. Gracias a ella, Constantine era coadjutor superior en Balbriggan y, gracias a ella, Gabriel se había licenciado en la Royal University.9 Una sombra le cruzó la cara a Gabriel al recordar la hosca oposición de su madre a su matrimonio. Algunas de las frases ofensivas que la mujer había proferido seguían escociéndole en el recuerdo; en una ocasión, había dicho de Gretta que era una cara bonita de campo y nada más, cosa del todo incierta. Fue precisamente Gretta quien se ocupó de cuidarla en la casa de Monkstown durante la larguísima enfermedad que había padecido.

Gabriel sabía que Mary Jane debía andar cerca del término de su pieza, pues estaba tocando de nuevo la melodía de apertura con escalas rápidas después de cada compás, y esperando ese final se le extinguió el resentimiento del corazón. La pieza acabó con un trino de octavas en el tiple y una profunda octava final en el bajo. Un gran aplauso acogió a Mary Jane, que, sonrojándose mientras recogía nerviosa la partitura, escapó de la habitación. Las palmas más vigorosas las protagonizaron los cuatro jóvenes de la puerta que se habían marchado a la sala de aperitivos al principio de la pieza pero habían regresado tras detenerse el piano.

Llegó el turno de bailar lanceros. Gabriel se vio emparejado con la señorita Ivors. Era una muchacha habladora de modales directos, con la cara pecosa y unos prominentes ojos marrones. No vestía corsé de talle bajo, y el broche grande que se había colocado en el pecho lucía un motivo irlandés.

Una vez que ambos ocuparon su sitio, la mujer le espetó:

—Tengo un asuntillo que desgranar con usted.

—¿Conmigo?

Ella asintió, bajando la cabeza en gesto serio.

—¿De qué se trata? —continuó Gabriel, sonriéndole de forma solemne.

—¿Quién es G. C.? —le dijo la señorita Ivors mientras le ponía los ojos encima.

Gabriel se ruborizó e hizo amago de arrugar la frente en gesto de no comprender nada. Entonces, la joven añadió sin rodeos:

—¡Ay, qué inocente! Que he descubierto que escribe usted para The Daily Express. ¿No le da ni una pizca de vergüenza?10

—¿Por qué debería dármela?

Gabriel parpadeó y trató de sonreír.

—Bueno, pues yo me avergüenzo de usted. Quién iba a decir que escribiría para un panfleto como ese. No pensaba que fuese tan inglesito.

En la cara de Gabriel apareció una mirada de perplejidad. Era cierto que escribía una columna literaria todos los miércoles en The Daily Express, por la que le pagaban quince chelines.11 Pero desde luego eso no lo convertía en un inglesito. Casi siempre recibía con mayor gusto los libros que le mandaban para reseñar que ese irrisorio cheque. Le encantaba palpar las cubiertas y pasar las páginas de las obras recién impresas. Prácticamente a diario, al acabar de dar clase en la universidad, iba paseando hasta los muelles, a librerías de segunda mano como Hichey's, en Bachelor's Walk, o Webb's y Massey's, en Aston's Quay, o incluso O'Closhissey's, en la bocacalle. No supo cómo recibir la acusación de la mujer. Tuvo ganas de decirle que la literatura estaba por encima de la política. Sin embargo, eran amigos desde hacía muchos años y sus carreras profesionales habían avanzado en paralelo, primero en la universidad y luego como profesores: no podía arriesgarse a soltarle ninguna frase grandilocuente. Siguió parpadeando y tratando de sonreír, y murmuró poco convencido que no veía nada de político en escribir reseñas de libros.

Cuando les llegó el turno de cruzarse en el baile, Gabriel continuaba perplejo y no estaba atento. La señorita Ivors lo agarró rápidamente de la mano en un gesto cálido y le dijo con una voz amable y suave:

—Claro que no, solo estaba bromeando. Vamos, nos toca cruzarnos.

Tras juntarse de nuevo, la señorita se puso a hablar del tema de la universidad y Gabriel se notó más calmado.12 Un amigo de ella le había enseñado la reseña escrita por Gabriel de unos poemas de Browning. Así se había enterado ella de su secreto, aunque la reseña le había gustado muchísimo. Entonces, la señorita Ivors dijo de repente:

—Ay, señor Conroy, ¿va a venir de excursión a las islas Aran este verano? Estaremos allí un mes entero. Será maravilloso salir al Atlántico. Debería venir. El señor Clancy nos hará una visita, y el señor Kikelly y Kathleen Kearney, también. Sería magnífico que Gretta pudiera sumarse. Ella es de Connacht, ¿verdad?13

—Su familia es de allí, sí —se limitó a responder Gabriel.

—Entonces, se animará a venir, ¿no? —insistió la señorita Ivors, y le colocó una mano cálida y entusiasta en el brazo.

—La cuestión es que ya lo tengo todo preparado para ir a…

—¿Adónde?

—Bueno, sabe usted que todos los años hago una ruta en bicicleta con unos amigos y…

—Pero ¿adónde?

—Pues normalmente vamos a Francia o a Bélgica, quizá a Alemania —respondió Gabriel incómodo.

—¿Y por qué va usted a Francia y a Bélgica en vez de quedarse y visitar nuestra tierra?

—Bueno, en parte es para no perder el contacto con los idiomas, y también por cambiar.

—¿No tiene un idioma propio con el que no perder el contacto? ¿El irlandés?

—Pues, si lo miramos así, la verdad, el irlandés no es mi idioma.

Los vecinos de baile habían vuelto la cabeza para escuchar el contrainterrogatorio. Gabriel miraba nervioso a derecha e izquierda y trataba de mantener el buen humor ante aquel mal trago que le estaba cubriendo la frente de rubor.

—Entonces ¿no tiene un país propio que visitar? —insistió la señorita Ivors—. ¿Un país del que no sabe nada, ni tampoco de su pueblo ni de sus tierras?

—Para serle sincero, ¡estoy harto de mi país! ¡Harto! —replicó de repente Gabriel.

—¿Por qué?

Gabriel no respondió. Se había sulfurado con su propia respuesta.

—¿Por qué? —repitió la mujer.

Tenían entonces que visitar juntos a otra pareja en el baile y, dado que Gabriel no le había respondido, la señorita Ivors añadió en tono cálido:

—Para eso no tiene respuesta, claro.

Gabriel intentó disimular su nerviosismo participando del baile con toda su energía. Evitó los ojos de la mujer, pues le había visto una expresión agria en la cara. Sin embargo, cuando se cruzaron en la cadena larga de bailarines, le sorprendió notar un apretón firme en la mano. La señorita Ivors lo miró desde debajo de las cejas durante un instante, inquisidora, hasta que Gabriel sonrió. Entonces, cuando la cadena iba a empezar a moverse de nuevo, la mujer se puso de puntillas y le susurró al oído:

—¡Inglesito!

Al acabar los lanceros, Gabriel se alejó a un rincón apartado de la habitación en el que estaba sentada la madre de Freddy Malins. Era una señora mayor, rechoncha y enfermiza. Tenía el mismo quiebro en la voz que su hijo y tartamudeaba ligeramente. Le habían dicho que Freddy había acudido a la velada y que estaba casi bien. Gabriel le preguntó si había disfrutado de los cruces del baile. La mujer vivía con su hija casada en Glasgow y viajaba a Dublín de visita una vez al año. Respondió plácidamente que había tenido unos cruces magníficos y que el capitán había sido de lo más atento con ella. Habló asimismo sobre la casa tan bonita de su hija en Glasgow, y sobre los amigos tan agradables que tenían allí. Mientras la madre de Freddy divagaba, Gabriel intentaba hacer desaparecer de su cabeza todo recuerdo del desagradable incidente con la señorita Ivors. Por supuesto, esa muchacha, o mujer, o lo que fuese, era muy entusiasta, sí, pero había un momento para cada cosa. Quizá Gabriel no debía haberle respondido como lo había hecho. Aunque ella tampoco tenía derecho a llamarlo inglesito delante de la gente, ni siquiera en broma. Había intentado ridiculizarlo en público, cosiéndolo a preguntas y mirándolo de reojo.

Vio a su esposa abriéndose camino hacia él entre las parejas que bailaban el vals. Cuando llegó junto a su marido, Gretta le dijo al

oído:

—Gabriel, la tía Kate quiere saber si vas a trinchar el ganso, como siempre. La señorita Daly se ocupará del jamón y yo, del pudín.

—Sí, claro.

—Va a mandar primero a los más jóvenes, en cuanto acabe este vals, para que luego tengamos la mesa para nosotros.

—¿Has estado bailando? —le preguntó Gabriel.

—Por supuesto. ¿Es que no me has visto? ¿Qué palabras has tenido con Molly Ivors?

—Ninguna. ¿Por qué? ¿Eso te ha dicho?

—Algo así. Estoy intentando que el tal señor D'Arcy cante algo. Me da la sensación de que es un auténtico arrogante.

—No hemos tenido palabras —dijo Gabriel de mal humor—. Solo que ella quería que fuese de viaje al oeste de Irlanda y yo le he dicho que no.

Gretta dio unas palmadas emocionada y las acompañó de un saltito.

—Ay, sí, vamos, Gabriel —exclamó—. Me encantaría volver a ver Galway.

—Puedes ir tú si quieres —le respondió él en tono frío.

La mujer lo miró un instante, luego se dirigió a la señora Malins y dijo:

—Le regalo un buen marido, señora Malins.

Mientras Gretta regresaba al otro lado de la estancia, la madre de Freddy, sin advertir la interrupción, continuó hablándole a Gabriel sobre los sitios tan hermosos que había en Escocia y la preciosidad del paisaje. Su yerno las llevaba todos los años a los lagos y solían salir a pescar. Era un pescador magnífico. Un día, capturó un pez, un pez grande, muy grande y hermoso, y el señor del hotel lo asó

para la cena.

Gabriel apenas escuchaba lo que la mujer decía. A esas alturas, la cena se acercaba y empezó a pensar de nuevo en su discurso y en las citas. Cuando vio a Freddy Malins acercarse por el salón para ir a ver a su madre, Gabriel le dejó la silla libre y se retiró al alféizar de la ventana. La estancia ya se había despejado y desde el salón comedor llegaba el traqueteo de bandejas y cuchillos. Quienes aún seguían en el salón principal parecían cansados de bailar y conversaban tranquilamente en grupitos. Los dedos temblorosos y cálidos de Gabriel palparon la hoja fría de la ventana. ¡Qué helor debía de hacer fuera! Qué agradable sería caminar por la calle solo, primero junto al río y luego por el parque. La nieve estaría posada en las ramas de los árboles y formaría una capa luminosa sobre el monumento a Wellington.14 ¡Cuánto mejor no se estaría ahí que en la mesa de la cena!

Repasó los apartados de su discurso: hospitalidad irlandesa, recuerdos tristes, las Tres Gracias, Paris, la cita de Browning. Repitió para sí una frase que había escrito en la reseña de los poemas: «Es como estar escuchando una música de pensamientos atormentados». La señorita Ivors había elogiado la reseña. ¿Había sido sincera? ¿De verdad tenía vida esa mujer más allá de todo su afán propagandístico? Entre ellos nunca había habido rencores hasta esa noche. A Gabriel lo desconcertaba pensar que la mujer estuviese en la mesa de la cena, mirándolo con sus ojos críticos e inquisitorios mientras él hablaba. Quizá no le diese ninguna pena verlo fracasar con su discurso. Se le vino una idea a la cabeza que le dio valentía. En referencia a la tía Kate y a la tía Julia, diría: «Damas y caballeros: la generación que ahora se marchita entre nosotros quizá tuviera sus faltas, pero por mi parte creo que mostraba ciertas cualidades de hospitalidad, humor y humanidad de las que a mi juicio carece la nueva generación, muy seria y extremadamente educada, que está creciendo a nuestro alrededor». Muy bien: esa, para la señorita Ivors. ¿Qué le importaba a él que sus tías no fueran más que dos ancianas ignorantes?

Un murmullo atrajo su atención. El señor Browne avanzaba desde la puerta, escoltando con gallardía a la tía Julia, que se apoyaba en el brazo del hombre sonriente y con la cabeza suelta. Una irregular

mosquetería de aplausos la escoltó también hasta llegar al piano, y fue remitiendo poco a poco mientras Mary Jane se sentaba en el banquito y la tía Julia, ya sin sonreír, se giraba a medias para modular bien la voz hacia la estancia. Gabriel reconoció el preludio. Pertenecía a una vieja canción de la tía Julia: Arrayed for the Bridal.15 La voz de la mujer, fuerte y de tono claro, abordó con espléndido espíritu los pasajes rápidos que embellecían la melodía y, pese a que cantaba muy veloz, no se saltaba ni la más mínima de las gráciles notas. Seguir esa voz sin mirar el rostro de la cantante era sentir y compartir la emoción de un vuelo rápido y seguro. Gabriel aplaudió entusiasmado junto al resto al término de la canción, y otro aplauso ruidoso llegó desde la invisible mesa de la cena. Sonó tan genuino que en la cara de la tía Julia luchó por asomar un poco de color cuando la mujer se inclinó para volver a colocar en el atril musical el viejo libro de cantos, encuadernado en piel, que tenía sus iniciales en la cubierta. Freddy Malins, que había estado escuchando con la cabeza inclinada hacia un lado para percibir mejor la música, siguió aplaudiendo cuando todos los demás ya habían parado, y mientras tanto hablaba animadamente con su madre, que asentía con la cabeza en un gesto de conformidad serio y lento. Al cabo, cuando ya no podía aplaudir más, se puso en pie de golpe y cruzó apresurado la habitación para acercarse a la tía Julia, a la que agarró por una mano que estrechó entre las suyas y agitó al ver que no le salían las palabras, o que el quiebro de su voz lo superaba.

—Le estaba diciendo a mi madre que nunca la había oído cantar tan bien, nunca —comentó al fin Freddy Malins—. No, nunca le he oído la voz tan bien como esta noche. ¡Vaya! Es una cosa de no creerse. Pero es cierta. Le doy mi palabra de que es verdad. Por mi honor. Nunca le he oído la voz tan fresca y tan… tan clara y tan fresca, nunca.

La tía Julia esbozó una amplia sonrisa y murmuró algo acerca de los cumplidos, mientras se liberaba la mano del apretón del hombre. El señor Browne le extendió la mano abierta y les dijo a quienes tenía cerca, a la manera de un hombre del espectáculo que presenta algún prodigio ante su público:

—¡La señorita Julia, mi último descubrimiento!

Se estaba riendo a mandíbula batiente con su propio comentario cuando Freddy Malins se volvió hacia él y le dijo:

—Bueno, Browne, quizá descubra algo peor si habla usted en serio. Lo único que sé decir es que nunca la he oído cantar ni la mitad de

bien desde que vengo a esta casa. Es la pura verdad.

—Ni yo —respondió el señor Browne—. Creo que la voz le ha mejorado enormemente.

La tía Julia se encogió de hombros y dijo con humilde orgullo:

—Hace treinta años tampoco tenía mala voz.

—No me canso de decirle a Julia que en ese coro está desperdiciada —intervino en tono enfático la tía Kate—. Pero no consiente oírmelo decir.

Se volvió como apelando al sentido común del resto frente a una cría rebelde mientras la tía Julia mantenía la mirada fija ante sí, con una vaga sonrisa de recuerdo jugueteándole en el rostro.

—No —siguió la tía Kate—. No consiente que nadie le diga nada ni la oriente. Está ahí esclavizada en ese coro, día y noche, día y noche. ¡A las seis de la mañana el día de Navidad! ¿Y todo para qué?

—Bueno, es para honrar a Dios, ¿no, tía Kate? —comentó Mary Jane, volviéndose en el banco del piano y sonriendo.

La tía Kate miró con vehemencia a su sobrina y le dijo:

—Lo de honrar a Dios me lo sé muy bien, Mary Jane, pero creo que no hay nada de honroso en que el papa decida ahora expulsar a las mujeres de los coros, unas mujeres que han sacrificado toda su vida, para poner a unos niños, a unos mocosos, por encima de ellas. Supongo que, si lo hace el papa, será por el bien de la Iglesia. Pero no es justo, Mary Jane, y no está bien.16

Se había dejado arrastrar por la pasión y habría seguido defendiendo a su hermana, pues aquel era un tema doloroso para ella, pero Mary Jane, al ver que todos los bailarines habían regresado, intervino en tono pacífico:

—Tía Kate, le estás regalando un escándalo al señor Browne, que es de la otra convicción.

La mujer mayor se dirigió entonces al señor Browne, que estaba sonriendo ante tal alusión a su religión, y se apresuró a decirle:

—Ah, no, yo no cuestiono que el papa tenga razón. No soy más que una anciana tonta y no me atrevería a presumir de tal cosa. Pero existe algo que se llama educación y gratitud comunes y corrientes, del día a día. Y si yo fuese Julia, le diría al padre Healy en toda su cara que…

—Además, tía Kate —la interrumpió Mary Jane—, tenemos mucha hambre y cuando tenemos hambre a todos nos dan ganas de discutir.

—Y cuando tenemos sed, también —añadió el señor Browne.

—Así que mejor nos vamos a cenar y seguimos con la discusión después —dijo Mary Jane.

En el descansillo, ante la puerta del salón principal, Gabriel se encontró a su esposa y a Mary Jane tratando de convencer a la señorita Ivors de que se quedara a la cena.

No obstante, la muchacha, que se había puesto el sombrero y se estaba abotonando el abrigo, quería irse. No tenía ningunas ganas de comer y ya se había pasado de hora.

—Pero solo diez minutos más, Mary —le dijo la señora Conroy—. Será poco retraso.

—Para picar alguna cosita, después de tanto bailar —añadió Mary Jane.

—De verdad que no puedo.

—Qué pena que no se lo haya pasado usted bien —dijo Mary Jane desesperanzada.

—Siempre disfruto mucho, de verdad, pero dejen que me marche ya, por favor —le respondió la señorita Ivors.

—Pero ¿cómo va a llegar a casa? —le preguntó la señora Conroy.

—Ay, si está a un salto, por el muelle.

Gabriel dudó un instante y dijo:

—Señorita Ivors, la acompañaré a casa, si me lo permite y de verdad se ve en la obligación de irse.

Sin embargo, la muchacha se apartó de ellos.

—Ni por asomo —exclamó—. Por el amor de Dios, vayan a cenar y no se preocupen por mí. Sé cuidarme sola sin ningún problema.

—Qué muchacha tan pizpireta es usted, Mary —dijo con toda sinceridad la señora Conroy.

—Beannacht libh —gritó la señorita Ivors riéndose, mientras bajaba las escaleras corriendo.17

Mary Jane se quedó mirándola con cara de desconcierto y pocos amigos; por su parte, la señora Conroy se apoyó en la barandilla para escuchar la puerta del recibidor. Gabriel se preguntaba cuál sería la causa de la abrupta marcha de la señorita Ivors, aunque no parecía estar de mal humor: se había ido entre risas. El hombre mantuvo la mirada vacía fija en las escaleras.

En ese momento, la tía Kate salió caminando con paso inestable de la habitación de la cena, casi retorciendo las manos de desesperación.

—¿Dónde está Gabriel? —gritó—. ¿Dónde se ha metido Gabriel? Está todo el mundo ahí dentro esperando, con todo listo para la función, ¡y no hay nadie para trinchar el ganso!

—¡Aquí estoy, tía Kate! —exclamó Gabriel.

De repente, se sentía animado, listo para trinchar una bandada de gansos si era necesario.

En un extremo de la mesa había un ganso gordo y marrón y en el otro, sobre un lecho de papel arrugado rociado con ramitas de perejil, un jamón grande, desprovisto de la piel más exterior y salpicado por migas crujientes, con la canilla envuelta en una

floritura pulcra de papel y, al lado, un lomo de ternera con especias. Entre esos extremos rivales corrían en paralelo unas hileras de guarniciones: dos catedralcitas de gelatina, roja y amarilla; un plato llano repleto de bloques de manjar blanco y mermelada roja, un plato verde en forma de hoja con un mango en forma de tallo, en el que había montoncitos de pasas moradas y de almendras peladas, un plato compañero con un rectángulo sólido de higos, un plato de natillas con nuez moscada rallada por encima, un cuenquito lleno de bombones y dulces envueltos en papeles dorados y plateados y un jarrón de cristal en el que había algunos tallos altos de apio. En el centro de la mesa, cual centinelas que vigilasen un puesto de frutas para sostener una pirámide de naranjas y manzanas de América, había dos decantadores achaparrados de estilo antiguo hechos de cristal tallado, uno con oporto y el otro con jerez oscuro. Sobre el piano de mesa cerrado, esperaba un pudín en un plato amarillo enorme y, tras él, tres pelotones de botellas de cerveza negra y rubia y de agua mineral, jerarquizados por el color de sus uniformes: los dos primeros, negros, con etiquetas de color marrón y rojo; el tercer pelotón, más pequeño, blanco, con bandas verdes transversales.

Gabriel ocupó su sitio con audacia en la cabecera de la mesa y, tras mirar el filo del cuchillo de trinchar, hundió el tenedor con firmeza en el ganso. En esos momentos se sentía ya bastante tranquilo, pues era un experto trinchador y no había nada que le gustase más que verse en la cabecera de una mesa bien colmada.

—Señorita Furlong, ¿qué le pongo? ¿Un ala o un trozo de pechuga? —preguntó Gabriel.

—Un trocito pequeño de pechuga.

—Señorita Higgins, ¿para usted?

—Ay, yo nada, señor Conroy.

Mientras Gabriel y la señorita Daly intercambiaban platos de ganso, de jamón y de ternera especiada, Lily iba de invitado en invitado con una bandeja de patatas harinosas calientes, envueltas en una servilleta blanca. Las patatas habían sido idea de Mary Jane, que también había sugerido salsa de manzana para el ganso, aunque la

tía Kate había dicho que el ganso asado solo, sin la salsa de manzana, siempre le había parecido lo bastante bueno y que confiaba en no tener que comer nada peor. Mary Jane esperó a que se sirvieran sus alumnas y se ocupó de que se llevaran los mejores trozos, y la tía Kate y la tía Julia abrieron y llevaron del piano a la mesa botellas de cerveza negra y rubia para los caballeros y de agua mineral para las damas. Había mucha confusión, y risas y ruido, el ruido de órdenes y contraórdenes, de cuchillos y tenedores, de corchos y tapones de botellas. Gabriel empezó a trinchar una segunda ronda en cuanto hubo terminado la primera sin haberse servido él. Todo el mundo protestó en voz alta, así que el hombre cedió y le dio un trago largo a la cerveza negra, pues el trinchado le había dado calor. Mary Jane se acopló en silencio ante su cena, pero la tía Kate y la tía Julia siguieron trajinando en torno a la mesa, pisándose los talones la una a la otra, poniéndose en medio la una de la otra y dándose órdenes que la una y la otra ignoraban. El señor Browne les rogó que se sentaran y cenasen, cosa que también hizo Gabriel, aunque ambas dijeron que tenían tiempo de sobra para hacerlo, hasta que al final Freddy Malins se puso en pie y, tras capturar a la tía Kate, la plantó en su silla entre una risa generalizada.

Cuando todo el mundo estuvo bien servido, Gabriel dijo sonriendo:

—Bueno, si alguien quiere un poco más de lo que vulgarmente se llama pitanza, que hable ahora o calle para siempre.

Un coro de voces lo invitó a empezar con su propia cena y Lily se le acercó con tres patatas que le había reservado.

—Muy bien —añadió Gabriel en tono amigable, mientras daba otro trago preliminar—, olviden mi existencia amablemente, damas y caballeros, durante unos minutos.

Se centró en su cena y no participó de la charla con la que la mesa cubrió la retirada de los platos por parte de Lily. El tema de conversación era la compañía de ópera que, por entonces, estaba en el Theatre Royal. El señor Bartell D'Arcy, el tenor, un varón de tez oscura con un bigote elegante, elogió muy efusivamente a la contralto principal de la compañía, pero la señorita Furlong consideraba que la cantante tenía un estilo bastante vulgar en su

puesta en escena. Freddy Malins comentó que, en la segunda parte de la pantomima que podía verse en el teatro Gaiety, cantaba un jefe tribal negro con una de las mejores voces de tenor que había oído él nunca.

—¿Lo ha visto usted? —le preguntó al señor Bartell D'Arcy, al otro lado de la mesa.

—No —respondió el cantante en tono despreocupado.

—Pues me da curiosidad saber su opinión al respecto. Creo que es una voz magnífica.

—Tiene que venir Teddy a descubrir las cosas buenas de verdad —dijo el señor Browne con familiaridad a toda la mesa.

—¿Y por qué no iba a tener buena voz ese hombre? —preguntó brusco Freddy Malins—. ¿Porque es de raza negra?

Nadie respondió a eso, y fue Mary Jane quien devolvió la mesa a la ópera de verdad. Una de sus alumnas le había dado un pase gratis para ver Mignon. Por supuesto, fue una función magnífica, dijo, aunque la llevó a pensar en la pobre Georgina Burns.18 El señor Browne se retrotrajo aún más, hasta las viejas compañías italianas que antaño solían ir a Dublín: Tietjens, Ilma de Murska, Campanini, la gran Trebelli, Giglini, Ravelli, Aramburo.19 Según él, en esos tiempos sí que podía escucharse en la ciudad algo digno de llamarse canto. El hombre contó asimismo cómo la galería superior del viejo Theatre Royal solía llenarse noche tras noche, cómo en una de esas veladas un tenor italiano había cantado cinco bises de Let Me Like a Soldier Fall, introduciendo un do de pecho en todos ellos, y cómo los muchachos del público, movidos en ocasiones por el entusiasmo, desenganchaban los caballos del carruaje de alguna gran prima donna y tiraban ellos mismos del vehículo por las calles para llevarla a su hotel.20 ¿Por qué ya nunca se interpretaban las grandes óperas de antaño, Dinorah, Lucrezia Borgia? Porque no lograban conseguir voces para cantarlas: por eso.

—Bueno, me atrevería a afirmar que actualmente hay cantantes igual de buenos que entonces —dijo el señor Bartell D'Arcy.

—¿Y dónde están? —preguntó desafiante el señor Browne.

—En Londres, en París, en Milán… —respondió en tono cálido el cantante—. Diría que Caruso, por ejemplo, es tan bueno, si no mejor, que cualquiera de los hombres que ha mencionado usted.

—Puede ser, pero permítame decirle que lo dudo muchísimo.

—Ay, daría lo que fuese por escuchar cantar a Caruso —dijo Mary Jane.

—Para mí, solo ha existido un tenor —intervino la tía Kate, que había estado rebañando un hueso—. Que me guste a mí, quiero decir. Aunque supongo que ninguno de ustedes habrá oído hablar de él.

—¿Quién era, señorita Morkan? —preguntó el señor Bartell D'Arcy educadamente.

—Se llamaba Parkinson. Lo escuché cuando estaba en su mejor momento y creo que tenía la voz de tenor más pura que ha surgido jamás de la garganta de un hombre.

—Qué raro. Nunca he tenido noticias de ese tenor —dijo el señor Bartell D'Arcy.

—Sí, sí, la señorita Morkan tiene razón. Recuerdo oír hablar del viejo Parkinson, aunque a mí me queda demasiado lejos —apuntó el señor Browne.

—Un espléndido tenor inglés, delicado, dulce y puro —añadió la tía Kate con entusiasmo.

Tras acabar Gabriel, trasladaron el pudín gigante a la mesa. El traqueteo de los tenedores y de las cucharas comenzó de nuevo. La esposa de Gabriel iba sirviendo el pudín a cucharadas y pasando los platos por la mesa. A mitad de camino, Mary Jane los retenía y los rellenaba con gelatina de frambuesa o de naranja, o con manjar blanco y mermelada. El pudín lo había hecho la tía Julia, que recibió alabanzas por él desde todos los rincones. Según ella, no estaba lo bastante dorado.

—Señorita Morkan, yo espero parecerle lo bastante dorado, porque desde luego soy una auténtica joya —bromeó el señor Browne.

Todos los caballeros, excepto Gabriel, comieron algo de pudín en un gesto de deferencia hacia la tía Julia. Dado que Gabriel nunca probaba el dulce, a él le habían dejado el apio. Freddy Malins también cogió un tallo para acompañar su ración de pudín. Le habían dicho que el apio era importantísimo para la sangre y por entonces estaba bajo cuidados médicos. La señora Malins, que había permanecido toda la cena en silencio, aseguró que su hijo iba a retirarse a la abadía de Mount Melleray al cabo de una semana o así.21 La mesa pasó en ese momento a hablar sobre la abadía, sobre lo tonificante que era allí el aire, lo hospitalarios que se mostraban los monjes y el hecho de que nunca les pedían ni un penique a sus huéspedes.

—¿Me están diciendo que un mozo puede plantarse allí como si aquello fuese un hotel, vivir en la abundancia y luego marcharse sin soltar una sola moneda? —preguntó incrédulo el señor Browne.

—Bueno, la mayoría de la gente deja algún donativo para el monasterio al irse —respondió Mary Jane.

—Ojalá tuviéramos una institución así en nuestra Iglesia —añadió cándido el señor Browne.

Le sorprendió enterarse de que los monjes no hablaban nunca, se levantaban a las dos de la madrugada y dormían en sus ataúdes. Preguntó para qué hacían eso.

—Son las normas de su orden —dijo la tía Kate en tono firme.

—Ya, pero ¿por qué? —insistió el hombre.

La tía Kate repitió que eran las normas, y punto. El señor Browne parecía seguir sin entenderlo. Freddy Malins le explicó, lo mejor que pudo, que los monjes estaban intentando compensar los pecados cometidos por todos los pecadores del mundo exterior. La explicación no le quedó muy clara al señor Browne, que sonrió y dijo:

—Me gusta mucho esa idea, pero ¿una cama de muelles cómoda no serviría igual que un ataúd?

—El ataúd es para recordarles su final definitivo —replicó Mary Jane.

Dado que el tema se había puesto un poco lúgubre, quedó enterrado en un silencio de toda la mesa, durante el que se pudo oír a la señora Malins decirle a su vecino, en voz baja y confusa:

—Son hombres muy buenos, los monjes, muy devotos.

Las pasas y las almendras, los higos, las manzanas y las naranjas, y los bombones y los dulces empezaron entonces a pasar por la mesa, y la tía Julia invitó a todos los comensales a tomar oporto o jerez. Al principio, el señor Bartell D'Arcy los rechazó los dos, pero uno de sus vecinos le dio con el codo y le susurró algo, tras lo cual consintió que le llenaran el vaso. Poco a poco, conforme se servían las últimas copas, la conversación fue cesando. A continuación, siguió una pausa, rota solo por el ruido del vino y el reajuste de las sillas. Las señoritas Morkan, las tres, estaban mirando el mantel. Alguien tosió un par de veces y unos pocos caballeros dieron unos golpecitos suaves en la mesa para pedir silencio. Ese silencio llegó y Gabriel retiró su silla antes de levantarse.

Los golpecitos en la mesa de inmediato se intensificaron en señal de ánimo para luego remitir por completo. Gabriel apoyó los diez dedos temblorosos en el mantel y sonrió nervioso a la concurrencia. Tras toparse con una hilera de caras levantadas, Gabriel alzó los ojos hacia la lámpara de araña. El piano estaba tocando un vals y el hombre alcanzaba a oír las faldas rozando contra la puerta del salón principal. Quizá la gente estuviese fuera bajo la nieve, en el muelle, con la mirada puesta en las ventanas iluminadas, escuchando la música del vals. El aire en el exterior era puro. Algo más lejos estaba el parque, en el que los árboles quedaban bajo el peso de la nieve. El monumento a Wellington lucía una capa reluciente y nevada también, que resplandecía hacia el oeste, sobre el campo blanco de Fifteen Acres.

Gabriel empezó:

—Damas y caballeros.

»Para esta velada, al igual que en años anteriores, ha recaído sobre mí la responsabilidad de desempeñar una tarea harto agradable para la que, me temo, mis pobres capacidades como orador resultan del todo inapropiadas.

—¡De eso nada! —dijo el señor Browne.

—En cualquier caso, sea como fuere, solo puedo pedirles que esta noche cuente más la intención y que me atiendan durante unos minutos, mientras procuro transmitirles en palabras mis sentimientos ante esta ocasión.

»Damas y caballeros: No es la primera vez que nos reunimos bajo este hospitalario techo y en torno a esta hospitalaria mesa. No es la primera vez que somos los receptores (o quizá mejor decir las víctimas) de la hospitalidad de ciertas buenas mujeres.

Describió un círculo en el aire con el brazo e hizo una pausa. Todo el mundo se rio o sonrió a la tía Kate, a la tía Julia y a Mary Jane, que se sonrojaron del agrado. Gabriel continuó en tono más atrevido:

—Cada recurrente año que pasa, me convenzo más y más de que nuestro país no tiene una tradición que le haga tanto honor y que deba guardarse con tanto celo como la de la hospitalidad. Se trata de una tradición única, en lo que a mi experiencia respecta, entre las naciones modernas (y he visitado no pocos lugares del extranjero). Quizá haya quien afirme que, entre nosotros, es más un defecto que algo de lo que alardear. Pero, incluso dando eso por cierto, en mi opinión sería un defecto espléndido, un defecto que confío en que sigamos cultivando mucho tiempo. De una cosa, al menos, estoy seguro: mientras este techo siga acogiendo a las buenas mujeres antes mencionadas (y deseo de corazón que lo haga durante muchos y largos años), la tradición de la auténtica hospitalidad irlandesa, cortés y bondadosa, que nuestros antepasados nos trasladaron y que a su vez legaremos a nuestros descendientes, seguirá viva entre nosotros.

Un sustancioso murmullo de asentimiento recorrió la mesa. A Gabriel se le vino a la cabeza que la señorita Ivors no estaba presente y que se había marchado de forma descortés, y lleno de seguridad dijo:

—Damas y caballeros.

»Una nueva generación está creciendo aquí mismo, una generación movida por nuevas ideas y principios nuevos. Se trata de una generación que asume esas nuevas ideas con seriedad y entusiasmo, y dicho entusiasmo, creo, incluso estando mal orientado, es en lo principal sincero. No obstante, vivimos en una época escéptica y, si se me permite la expresión, de pensamientos atormentados. A veces, tengo el temor de que esta nueva generación, educada o extremadamente educada como está, carezca de la humanidad, la hospitalidad y el humor amable que caracterizaban a otros tiempos. Al escuchar esta noche los nombres de todos esos grandes cantantes del pasado, he de confesar que he tenido la impresión de que estuviésemos viviendo en una era menos espaciosa. Aquellos tiempos podrían calificarse, sin exageración, de espaciosos y, si han

desaparecido más allá de toda memoria, esperemos que, como mínimo, en reuniones como esta aún podamos hablar de ellos con orgullo y con afecto, celebrar todavía desde el corazón el recuerdo de esos grandes nombres ya muertos y extinguidos cuya fama el mundo no dejará morir por voluntad propia.

—¡Bien dicho! —exclamó en alto el señor Browne.

—Aun así —continuó Gabriel, y bajó la voz a una entonación más suave—, siempre surgen en encuentros como este pensamientos más tristes que vuelven sin cesar a nuestras mentes: pensamos en el pasado, en la juventud, en los cambios, en rostros ausentes que echamos de menos aquí esta noche. Nuestro camino por la vida está salpicado por muchísimos de esos recuerdos tristes, y nos veríamos destinados a rumiarlos una y otra vez si no encontrásemos el coraje para continuar con valentía nuestro trabajo entre los vivos. Todos tenemos nuestros deberes y afectos en la vida, que nos exigen, y muy justamente, unos esfuerzos extenuantes.

»Por tanto, no voy a regodearme en el pasado. No dejaré que ninguna intrusión moralizante y sombría caiga sobre nosotros aquí esta noche. Estamos reunidos juntos para disfrutar de unos breves momentos lejos del bullicio y del ajetreo de nuestra rutina diaria. Nos hemos congregado aquí como amigos, en un espíritu de buen compañerismo, también como colegas hasta cierto punto, en un auténtico espíritu de camaradería, y como los invitados de (¿qué calificativo podría usar?) las Tres Gracias del mundo musical dublinés.

La mesa estalló en aplausos y risas ante el ingenioso comentario. La tía Julia les pidió en vano a sus vecinos de mesa, por turnos, que le repitieran lo que Gabriel había dicho.

—Ha dicho que somos las Tres Gracias, tía Julia —le explicó Mary Jane.

La tía Julia no lo entendió, pero levantó la vista con una sonrisa para mirar a Gabriel, que continuó en la misma línea:

—Damas y caballeros.

»No voy a intentar desempeñar esta noche el papel que le tocó a Paris en otra ocasión: no intentaré elegir entre una de las tres. Sería una tarea ingrata y que escapa a mis pobres capacidades. Pues cuando las miro una a una, ya sea a nuestra anfitriona principal, cuyo buen corazón, cuyo buenísimo corazón, la identifica entre quienes la conocen; o a su hermana, que parece dotada con la juventud eterna y cuyos cantos han sido una sorpresa y una revelación para todos nosotros esta noche; o, por último aunque no menos importante, cuando me paro ante nuestra anfitriona más joven, talentosa, alegre, trabajadora y la mejor de las sobrinas, he de confesar, damas y caballeros, que no sé a cuál de ellas le concedería el premio.

Gabriel miró a sus tías y, al ver la gran sonrisa en la cara de la tía Julia y las lágrimas que asomaban en los ojos de la tía Kate, se apresuró hacia el cierre. Levantó la copa de oporto poco a poco, mientras todos los miembros de la concurrencia tocaban los vasos, expectantes, y dijo en voz alta:

—Brindemos por las tres. Bebamos por su salud, su riqueza, su larga vida, su felicidad y su prosperidad, y que continúen durante mucho tiempo ostentando el orgullo y la posición que se han ganado y que ocupan en sus profesiones, así como la posición de honor y el afecto que ocupan en nuestros corazones.

Todos los invitados se pusieron en pie, copa en mano, y, volviéndose hacia las tres damas que permanecían sentadas, cantaron al unísono, liderados por el señor Browne:

Porque son unas chicas excelentes,

porque son unas chicas excelentes,

porque son unas chicas excelentes,

y siempre lo serán.

La tía Kate estaba haciendo un sincero uso de su pañuelo e incluso

la tía Julia parecía conmovida. Freddy Malins marcaba el ritmo con el tenedor del pudín y los cantantes se volvían unos hacia otros, como en una conferencia melodiosa, mientras cantaban con énfasis:

Si mentiras no sueltan más,

si mentiras no sueltan más.

Y luego, mirando de nuevo a las anfitrionas, siguieron:

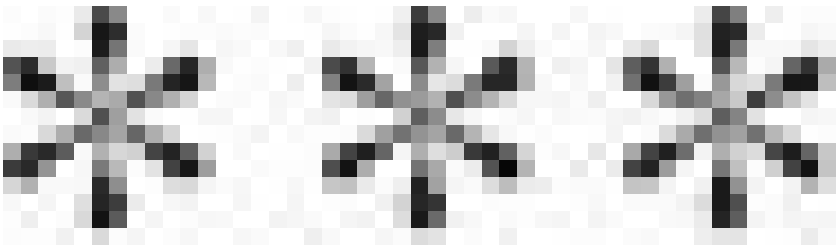
Porque son unas chicas excelentes,

porque son unas chicas excelentes,

porque son unas chicas excelentes,

y siempre lo serán.

La subsecuente aclamación la asumieron, más allá de la puerta de la sala de la cena, muchos de los otros invitados, y se retomó una y otra vez, con Freddy Malins como director blandiendo un tenedor.



El penetrante aire de la madrugada entraba al recibidor en el que se habían congregado, así que la tía Kate dijo:

—Que alguien cierre la puerta. La señora Malins se va a morir de un resfriado.

—Browne está ahí fuera, tía Kate —dijo Mary Jane.

—Browne está en todas partes —replicó la tía Kate, bajando la voz.

Mary Jane se rio por el tono usado.

—En realidad, es de lo más atento —dijo pícara.

—Se nos ha instalado aquí como el gas, permanente todas las Navidades —añadió la tía Kate con la misma voz.

Esa vez, la propia tía Kate se rio con buen humor y, a continuación, añadió rápidamente:

—Bueno, pero dile que entre, Mary Jane, y cierra la puerta. Espero por Dios que no me haya escuchado.

En ese momento, la puerta del recibidor se abrió y el señor Browne entró procedente de la entrada principal de la casa, riéndose como si le fuese a dar algo. Llevaba puesto un abrigo verde largo con los puños y el cuello de falso astracán y, en la cabeza, un gorro ovalado de pelo. Señaló al muelle cubierto de nieve desde el que llegaba el sonido de un silbido prolongado y estridente.

—Teddy va a conseguir que vengan todos los carruajes de Dublín —dijo.

Gabriel salió de la pequeña alacena situada tras el despacho, colocándose el abrigo con trabajo y, tras echar un vistazo al recibidor, preguntó:

—¿No ha bajado todavía Gretta?

—Se está poniendo sus cosas, Gabriel —le respondió la tía Kate.

—¿Quién está tocando? —quiso saber el muchacho.

—Nadie. Se han ido todos.

—No, tía Kate —intervino Mary Jane—. Bartell D'Arcy y la señorita O'Callaghan aún no se han marchado.

—Sea como sea, alguien está aporreando el piano —siguió Gabriel.

Mary Jane los miró a él y al señor Browne y dijo temblando:

—Me da frío solo de verlos, caballeros, tan envueltos como están. No querría afrontar la vuelta a casa que les espera a estas horas.

—Ahora mismo no se me ocurre nada mejor que un hermoso paseo entre traqueteos por el campo, o un trayecto rápido con un excepcional potro entre las varas —dijo el señor Browne muy resuelto.

—Antiguamente teníamos un caballo y una carreta muy buenos en la casa —comentó triste la tía Julia.

—El inolvidable Johnny —dijo Mary Jane riéndose.

La tía Kate y Gabriel compartieron la risa.

—¿Por qué? ¿Qué tenía Johnny de maravilloso? —preguntó el señor Browne.

—El llorado Patrick Morkan, nuestro abuelo, comúnmente conocido en sus últimos años como el anciano caballero, hervía cola —explicó Gabriel.22

—Ay, Gabriel, por favor —dijo la tía Kate riéndose—. Tenía un molino de almidón.

—Bueno, cola o almidón, da igual. La cuestión es que el anciano caballero tenía un caballo que se llamaba Johnny, y Johnny trabajaba en el molino del anciano caballero, dando vueltas y vueltas para que el molino funcionase. Hasta ahí, bien. Pero ahora llega la parte trágica: un buen día, al anciano caballero se le ocurrió que le apetecía acudir a un paso de revista militar junto a toda la alcurnia, en el parque.

—Que Dios se apiade de su alma —dijo la tía Kate con consideración.

—Amén —respondió Gabriel—. Así que el anciano caballero, como decía, le colocó a Johnny el arnés y se plantó el mejor sombrero de copa que tenía y su mejor cuello Ascot, y salió con gran pompa de su mansión ancestral, en algún sitio cerca de Back Lane, creo.23

Todo el mundo se echó a reír, incluso la señora Malins, ante los modos de Gabriel.

—Ay, Gabriel, en realidad no vivía en Back Lane. Allí solo estaba el molino —dijo la tía Kate.

—Desde la mansión de sus antepasados —continuó Gabriel—, llevó el carruaje conducido por Johnny. Todo marchaba de maravilla hasta que Johnny avistó la estatua de Guillermo, y ya fuera porque se enamoró del caballo sobre el que estaba el señor Guillermo o porque pensó que andaba de vuelta en el molino, el caso es que se puso a dar vueltas alrededor de la estatua.24

Gabriel empezó a caminar en círculos por el recibidor, con los chanclos puestos, entre las risas de los demás.

—Dio vueltas y vueltas, y el anciano caballero, que era un anciano caballero muy pomposo, estaba indignadísimo. «¡Vamos, hombre! ¿Qué es esto, muchacho? ¡Johnny! ¡Johnny! ¡Qué conducta tan insólita! ¡No entiendo a este caballo!».

Las carcajadas que siguieron a la imitación de Gabriel del incidente se vieron interrumpidas por unos golpes resonantes en la puerta del recibidor. Mary Jane corrió a abrir y dejó pasar a Freddy Malins. Freddy, con el sombrero bien colocado de nuevo en la cabeza y los hombros encorvados por el frío, resoplaba y echaba humo por los esfuerzos realizados.

—Solo he podido conseguir un carruaje —anunció.

—Bueno, encontraremos otro por el muelle —dijo Gabriel.

—Sí. Será mejor no tener a la señora Malins ahí de pie con la corriente —comentó la tía Kate.

La señora Malins bajó los escalones de la entrada con la ayuda de su hijo y del señor Browne y, tras muchas maniobras, logró subir al

carruaje. Freddy Malins entró tras ella y dedicó un tiempo considerable a colocarla en el asiento, mientras el señor Browne lo iba aconsejando. Al fin, la mujer estuvo cómodamente acoplada en su sitio y Freddy Malins invitó al señor Browne a subir. Siguió un buen rato de confuso intercambio de opiniones, hasta que el señor Browne entró en el carruaje. El cochero se colocó la manta sobre las rodillas y se inclinó para que le dijesen la dirección. La confusión se hizo aún mayor y el cochero comenzó a recibir indicaciones distintas de Freddy Malins y del señor Browne, ambos con la cabeza asomada por sendas ventanillas del carruaje. La dificultad radicaba en saber dónde dejar al señor Browne por el camino, y la tía Kate, la tía Julia y Mary Jane contribuían al debate desde el umbral de la casa, con indicaciones cruzadas y contradicciones, y risas en abundancia. Freddy Malins, por su parte, no podía hablar de cuanto se reía. A cada instante, asomaba y metía la cabeza por la ventanilla, para gran peligro de su sombrero, y le contaba a su madre cómo avanzaba la discusión, hasta que el señor Browne acabó por gritarle al desorientado cochero por encima del estruendo de las carcajadas de todos:

—¿Conoce usted el Trinity College?

—Sí, señor —dijo el cochero.

—Bueno, pues vaya como un tiro a las puertas del Trinity College y luego le diremos hacia dónde seguir. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor.

—Vuele directo al Trinity College.

—Perfecto, señor —gritó el cochero.

Azuzó al caballo y el carruaje salió traqueteando por el muelle entre un coro de risas y adioses.

Gabriel no había salido a la puerta con el resto. Estaba en una zona a oscuras del recibidor, mirando hacia las escaleras. Había una mujer de pie, cerca del final del primer tramo, también en sombra. No podía verle la cara, pero sí distinguía los paneles color terracota y naranja salmón de la falda, que la penumbra hacía parecer

blancos y negros. Era su esposa. Estaba apoyada en la barandilla, escuchando algo. A Gabriel le sorprendió su quietud y afinó el oído para escuchar también, aunque alcanzó a oír poca cosa más que el ruido de las risas y las disputas en los escalones de la entrada, unos pocos acordes del piano y unas cuantas notas en la voz de un hombre que cantaba.

Se quedó quieto en la oscuridad del recibidor, tratando de captar la melodía que aquella voz cantaba y mirando a su esposa. La pose de la mujer tenía algo de elegancia y de misterio, como si fuese un símbolo de algo. Se preguntó de qué es símbolo una mujer que está en unas escaleras, a la sombra, escuchando una música lejana. Si fuese pintor, la dibujaría en esa pose. El sombrero de fieltro azul resaltaría el tono bronce de su pelo con la penumbra de fondo, y los paneles oscuros de la falda subrayarían los claros. Música lejana, titularía el cuadro, si fuese pintor.

La puerta del recibidor se cerró, y la tía Kate, la tía Julia y Mary Jane entraron, aún riéndose.

—Ay, qué tremendo es Freddy, ¿verdad? Tremendísimo —comentó Mary Jane.

Gabriel no dijo nada, sino que señaló hacia las escaleras, adonde estaba su esposa de pie. Con la puerta del recibidor ya cerrada, la voz y el piano se oían más claramente. El hombre levantó la mano para que las tres mujeres se estuviesen calladas. La canción parecía seguir la antigua tonalidad irlandesa y el cantante daba la impresión de no estar seguro ni de sus palabras ni de su voz.25 Esa voz, que la distancia y la ronquera del cantante hacían lastimera, iluminaba levemente la cadencia de la melodía con palabras que expresaban pena:

La lluvia cae en los densos bucles de mi pelo

y el rocío me humedece la piel,

mi niño tiene frío…26

—Ay, es Bartell D'Arcy cantando, y no ha consentido hacerlo en toda la noche. Voy a ir a convencerlo de que se anime antes de marcharse —comentó Mary Jane.

—Ay, sí, hazlo, Mary Jane —dijo la tía Kate.

La muchacha apartó al resto para pasar y corrió a las escaleras, pero antes de llegar a ellas la canción paró y el piano se cerró de golpe.

—¡No, qué pena! —exclamó—. ¿Está bajando ya, Gretta?

Gabriel escuchó a su mujer responder que sí y la vio ir hacia ellos. Unos pasos por detrás estaban el señor Bartell D'Arcy y la señorita O'Callaghan.

—Ay, señor D'Arcy, qué cruel ha sido usted terminando así, cuando estábamos todos embelesados escuchándolo —dijo Mary Jane.

—He andado detrás de él toda la noche, y la señora Conroy también, y nos ha dicho que tenía un catarro horrible y que no podía cantar —explicó la señorita O'Callaghan.

—Vaya, señor D'Arcy, qué mentirijilla tan buena ha contado usted —dijo la tía Kate.

—Pero ¿no ven que estoy ronco como un cuervo? —respondió el señor D'Arcy en tono brusco.

Entró a la alacena con prisas y se puso el abrigo. Los demás, atónitos por lo grosero de sus palabras, no lograban encontrar nada que decir. La tía Kate arrugó la frente y les hizo señales para que dejaran el tema. El señor D'Arcy estaba allí, abrigándose con cuidado el cuello, con el ceño fruncido.

—Es por este frío —dijo la tía Julia, tras una pausa.

—Sí, todo el mundo está resfriado. Todo el mundo —añadió la tía Kate de inmediato.

—Dicen que hacía treinta años que no nevaba así. Y esta mañana he leído en los periódicos que la nieve es una cosa generalizada en toda Irlanda.

—Me encanta ver la nieve —comentó la tía Julia triste.

—Y a mí —dijo la señorita O'Callaghan—. Creo que la Navidad nunca es de verdad Navidad si no hay nieve por el suelo.

—Pero al pobre señor D'Arcy no le gusta la nieve —intervino la tía Kate sonriendo.

El señor D'Arcy llegó desde la alacena, cubierto de pies a cabeza y con todo abotonado, y en tono arrepentido les contó la historia de su catarro. Todo el mundo le dio algún consejo y le dijo que era una auténtica pena, y lo instó a tener mucho cuidado con la garganta bajo aquellos aires nocturnos. Gabriel observaba a su esposa, que no se había unido a la conversación. La mujer estaba de pie justo debajo del polvoriento montante de abanico y la llama de la lámpara de gas le iluminaba el rico bronce del pelo, que Gabriel había visto secarse ante la chimenea unos días antes. Tenía la misma pose y parecía no ser consciente de la conversación que se desarrollaba a su alrededor. Al cabo, se volvió hacia ellos y Gabriel le vio unos tonos de color en las mejillas y un brillo en los ojos. Un marea repentina de alegría le saltó del corazón.

—Señor D'Arcy, ¿cómo se llama la canción que estaba usted cantando? —preguntó Gretta.

—Era The Lass of Aughrim, aunque no recordaba bien la letra. ¿Por qué? ¿La conoce?

—The Lass of Aughrim —repitió ella—. No me salía el nombre.

—Es una melodía preciosa. Siento que no esté usted bien de la voz esta noche —dijo Mary Jane.

—Bueno, Mary Jane, no molestes al señor D'Arcy. No quiero que se lleve un disgusto —dijo la tía Kate.

Al ver que todos estaban listos para partir, la mujer los acompañó a la puerta, donde se dieron las buenas noches:

—Pues buenas noches, tía Kate, y gracias por esta velada tan agradable.

—Buenas noches, Gabriel. ¡Buenas noches, Gretta!

—Buenas noches, tía Kate, y muchísimas gracias. Buenas noches, tía Julia.

—Ay, buenas noches, Gretta, no te había visto.

—Buenas noches, señor D'Arcy. Buenas noches, señorita O'Callaghan.

—Buenas noches, señorita Morkan.

—Buenas noches, otra vez.

—Buenas noches, a todos. Que lleguen bien.

—Buenas noches. Buenas noches.

La madrugada seguía siendo oscura. Una luz amarilla apagada cubría con sus alas las casas y el río, y el cielo parecía estar descendiendo. El suelo estaba medio derretido, y solo quedaban vetas y parches de nieve en los tejados, en los parapetos del muelle y en las verjas de la zona. Las farolas seguían prendidas con tonos rojos entre el aire nebuloso y, al otro lado del río, se alzaba amenazante el palacio de justicia de Four Courts con un cielo pesado de fondo.

La mujer caminaba por delante de él con el señor Bartell D'Arcy y llevaba los zapatos bajo el brazo, en un paquete marrón, mientras se sujetaba la falda con las manos para apartarla de la nieve a medio derretir. Ya no había elegancia en su pose, pero a Gabriel le seguían brillando los ojos de felicidad. La sangre le corría palpitante por las venas y los pensamientos le alborotaban el cerebro entre el orgullo,

la alegría, la ternura y el valor.

Caminaba por delante de él con tanta ligereza y tan erguida que el hombre deseó correr tras ella sin hacer ruido, agarrarla por los hombros y decirle al oído alguna tontería afectuosa. Le parecía tan frágil que deseó defenderla de algo y luego quedarse a solas con ella. Momentos de su vida privada juntos le estallaron como estrellas en el recuerdo. Un sobre con heliotropos junto a la taza del desayuno, y él acariciándolo con la mano. Unos pájaros que piaban entre la hiedra y la soleada tela de la cortina que resplandecía por el suelo: no podía comer de lo feliz que era. Los dos de pie en el andén atestado y él guardándole a ella un billete en la palma de la mano enguantada. De nuevo los dos, en mitad del frío, mirando por una ventana con rejas a un hombre que fabricaba botellas en una fragua ardiente. Hacía mucho frío. La cara de ella, aromada en aquel aire helado, quedaba muy cerca de la suya, y de repente la mujer le gritó al hombre de la fragua:

—¿Está caliente el fuego, señor?

Pero el hombre no la oyó con el ruido de la fragua. Menos mal. Quizá le hubiese respondido una grosería.

Del corazón se le escapó una nueva oleada de tierna alegría que le avanzó por las arterias como una cálida inundación. Al igual que delicados fuegos de estrellas, instantes de su vida juntos, que nadie conocía ni conocería nunca, irrumpieron en su memoria para iluminarla. Deseaba recordarle a ella esos instantes, hacerla olvidar los años de su anodina existencia juntos y que solo se acordase de los momentos de éxtasis. Pues le daba la impresión de que los años no les habían aplacado el espíritu a ninguno de los dos. Sus hijos en común, los escritos de él, los cuidados domésticos de ella, nada les había aplacado el delicado fuego de sus espíritus. En una carta que le escribió a ella una vez, le había dicho: «¿Cómo es que palabras así me parecen tan sosas y frías? ¿Es porque no hay una palabra lo bastante tierna para poder llamarte?».

Como una música lejana, esas palabras que había escrito años atrás le llegaron desde el pasado. Deseaba estar a solas con ella. Cuando los demás se hubiesen marchado, cuando él y ella entrasen en la habitación del hotel, estarían solos, juntos. Y él la llamaría con

suavidad:

—¡Gretta!

Quizá no lo oyese de inmediato: estaría desvistiéndose. Entonces, algo en el tono de su voz la haría reaccionar. Se daría la vuelta y lo miraría…

En la esquina de Winetavern Street encontraron un carruaje. Agradeció el ruido del traqueteo del vehículo, ya que le ahorraba tener que conversar. Ella iba mirando por la ventana y parecía cansada. Los otros solo hablaron unas pocas palabras, señalando algún edificio o la calle. El caballo iba a un galope cansado bajo el cielo turbio de la madrugada, arrastrando la temblorosa caja tras sus cascos, y Gabriel estaba de nuevo en un carruaje con ella, al galope para llegar al barco, al galope hacia su luna de miel.

Cuando el carruaje cruzó el puente O'Connell, la señorita O'Callaghan comentó:

—Dicen que nunca se cruza el puente O'Connell sin ver un caballo blanco.

—Pues esta vez veo a un hombre blanco —dijo Gabriel.

—¿Dónde? —preguntó el señor Bartell D'Arcy.

Gabriel señaló la estatua, sobre la que se veían unos parches de nieve. A continuación, asintió en gesto familiar hacia la figura y la saludó con la mano.

—Buenas noches, Dan —dijo alegremente.27

Cuando el carruaje se detuvo ante el hotel, Gabriel se bajó de un salto y, pese a las protestas del señor Bartell D'Arcy, le pagó al cochero. Le dio al hombre un chelín de más. El cochero le dedicó un saludo y le dijo:

—Que tenga un próspero Año Nuevo, señor.

—Igualmente —respondió Gabriel en tono cordial.

Ella se apoyó un instante en su brazo para bajar del carruaje y, aún de pie en el bordillo, darles las buenas noches a los otros. Se apoyó levemente en su brazo, tan levemente como cuando había bailado con él unas horas antes. Se había sentido orgulloso y feliz entonces, feliz de que fuera suya, orgulloso de la elegancia de ella y de su porte de esposa. Sin embargo, en ese momento, tras prenderse de nuevo tantos recuerdos, el primer contacto con el cuerpo de ella, musical, extraño y perfumado, le transmitió una intensa punzada de lujuria. Al amparo del silencio de la mujer, le estrechó el brazo contra su costado; y, allí de pie ante la puerta del hotel, sintió que se habían escapado de sus propias vidas y obligaciones, de su casa y sus amigos, que habían huido juntos con el corazón salvaje y radiante hacia una nueva aventura.

En el vestíbulo, un hombre mayor dormitaba en un sillón cúpula. El señor fue a encender una vela a su despacho y los condujo a las escaleras. Lo siguieron en silencio; los pies caían en golpes sordos sobre el grueso alfombrado de los escalones. Ella subía las escaleras detrás del botones, con la cabeza gacha mientras ascendía, los frágiles hombros encorvados como bajo una carga, la cinturilla de la falda muy ceñida al cuerpo. Podría haberla rodeado por la cadera para sujetarla en el sitio, ya que le temblaban los brazos del deseo de agarrarla y solo la tensión de las uñas apretadas contra las palmas de las manos mantenía a raya el salvaje impulso de su cuerpo. El botones se detuvo en la escaleras para colocar bien la vela que se derretía. Ellos también se pararon unos escalones más atrás. En el silencio, Gabriel pudo oír cómo la cera derretida caía en la bandejita y cómo el corazón le palpitaba contra las costillas.

El botones los llevó por un pasillo y abrió una puerta. A continuación, dejó la inestable vela sobre un tocador y preguntó a qué hora querían que los despertase por la mañana.

—A las ocho —respondió Gabriel.

Entonces, el botones señaló la llave de la luz eléctrica y comenzó a murmurar una disculpa, pero Gabriel lo interrumpió.

—No queremos luz. Nos entra suficiente de la calle. Además, puede hacer el favor de llevarse también ese bonito artilugio —le dijo, indicándole la vela.

El botones volvió a coger la vela, pero con lentitud, pues le sorprendió aquella novedosa idea. Seguidamente, murmuró un buenas noches y se marchó. Gabriel echó el pestillo.

Una luz fantasmal procedente de la farola de la calle se posaba en un prolongado haz que iba de una ventana hasta la puerta. Gabriel lanzó el abrigo y el sombrero a un sofá y cruzó la habitación hacia la ventana. Miró abajo, a la calle, para que sus emociones se calmaran un poco. Luego se volvió y se apoyó en una cómoda, de espaldas a la luz. Ella se había quitado el sombrero y el abrigo y estaba ante un espejo batiente grande, desabrochándose la cinturilla. Gabriel mantuvo el silencio unos instantes, observándola, y luego dijo:

—¡Gretta!

La mujer se apartó lentamente del espejo y avanzó por el haz de luz hacia él. Tenía el rostro tan serio y cansado que las palabras no lograban atravesar los labios de Gabriel. No, aún no era el momento.

—Pareces cansada —le dijo.

—Un poco, sí.

—Pero ¿te encuentras mal, o débil?

—No, cansada. Nada más.

Ella siguió hasta la ventana y se quedó ahí, mirando hacia fuera. Gabriel volvió a esperar y entonces, temiendo que la timidez estuviese a punto de dominarlo, dijo de golpe:

—¡Por cierto, Gretta!

—¿Qué pasa?

—El pobre Malins, ¿sabes quién digo? —siguió rápido Gabriel.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Bueno, el pobre, después de todo, es un tipo decente —añadió en

un tono de voz falso—. Me devolvió la moneda de soberano que le presté y lo cierto es que no me lo esperaba. Es una pena que no se mantenga alejado del tal Browne, porque en el fondo no es mal hombre.

Estaba ya temblando del disgusto. ¿Por qué parecía tan abstraída? No sabía cómo empezar. ¿Estaría también ella disgustada por algo? ¡Ojalá se volviese a mirarlo o se le acercase por propia iniciativa! Agarrarla tal y como estaba sería muy brusco. No, primero debía distinguirle cierto ardor en los ojos. Deseaba poder dominar el extraño estado de ánimo en el que la veía.

—¿Cuándo le habías prestado esa libra? —preguntó la mujer tras una pausa.

Gabriel se esforzó por evitar estallar en palabras malsonantes referidas al borracho de Malins y su libra. Deseaba con toda el alma gritar algo, estrujar el cuerpo de ella contra el suyo, doblegarla. Sin embargo, dijo:

—Ah, en Navidad, cuando abrió la tiendecita de felicitaciones en Henry Street.28

Estaba sumido en tal fiebre de furia y deseo que no la oyó acercarse desde la ventana. La mujer se quedó ante él un instante, mirándolo con gesto extraño. Entonces, de repente, tras ponerse de puntillas y apoyarle las manos ligeramente en los hombros, lo besó.

—Eres una persona muy generosa, Gabriel —le dijo.

Temblando por el deleite de ese beso repentino y lo encantador de la frase, Gabriel le colocó las manos en el pelo y empezó a alisárselo por detrás, sin apenas tocarlo con los dedos. Lucía hermoso y brillante tras habérselo lavado. El corazón le rebosaba de felicidad. Justo en el momento en el que lo había deseado, ella se le había acercado por su cuenta. Quizá los pensamientos de ambos hubiesen ido a la par. Quizá ella hubiera sentido el mismo impetuoso deseo que albergaba él y le hubiese nacido un ánimo complaciente. Tras verla caer tan fácilmente en sus brazos, se preguntó por qué había sido tan tímido.

Permaneció allí con la cabeza de ella entre las manos. Luego, tras rodearle el cuerpo rápido con un brazo y atraerla hacia él, le dijo con suavidad:

—Gretta, querida, ¿en qué estás pensando?

Ella ni respondió ni cedió por completo al abrazo. Gabriel le insistió, delicadamente:

—Cuéntame qué es, Gretta. Creo que sé qué pasa. ¿O no?

La mujer no le dio una respuesta inmediata. Al cabo, le dijo en un ataque de llanto:

—Ay, estoy pensando en la canción esa, The Lass of Aughrim.

Entonces, se soltó del abrazo y corrió hacia la cama y, tras echar los brazos por la baranda, se tapó la cara. Gabriel permaneció un instante petrificado del asombro y luego fue tras ella. En el camino, al pasar por el espejo psiqué, se avistó a sí mismo de cuerpo entero, con la pechera ancha y bien rellena, una expresión en la cara que siempre lo desconcertaba al verla reflejada y las gafas brillantes de montura dorada. Se quedó a unos pasos de la mujer y le dijo:

—¿Qué ocurre con la canción? ¿Por qué te hace llorar?

Ella apartó la cabeza de los brazos y se secó los ojos con el dorso de la mano, como una niña. A él se le coló en la voz una nota más amable de lo que pretendía.

—¿Por qué, Gretta? —insistió.

—Estoy pensando en una persona de hace mucho que cantaba esa canción.

—¿Y quién es esa persona de hace mucho? —le dijo él, sonriendo.

—Alguien a quien conocía en Galway, cuando vivía allí con mi abuela.

La sonrisa desapareció del rostro de Gabriel. Un ligero peligro comenzó a nacerle de nuevo en el fondo de la mente y los apagados

fuegos de la lujuria empezaron a relucirle con ira en las venas.

—¿Alguien de quien estabas enamorada? —preguntó en tono irónico.

—Era un muchacho al que conocía. Se llamaba Michael Furey. Y cantaba mucho esa canción, The Lass of Aughrim. Era muy frágil.

Gabriel permanecía en silencio. No quería que ella pensara que le interesaba aquel muchacho frágil.

—Lo veo como si lo tuviese delante ahora mismo —siguió ella tras un momento—. Con aquellos ojos suyos, ¡unos ojos grandes y oscuros! Y una expresión en la mirada… ¡Qué expresión!

—Ah, entonces sí estabas enamorada de él.

—Me hablaba con él cuando vivía en Galway, sí.

Por la mente de Gabriel se cruzó un pensamiento.

—¿Por eso querías ir a Galway con la señorita Ivors? —dijo con frialdad.

Ella lo miró y le preguntó sorprendida:

—¿Para qué?

A Gabriel le incomodaron sus ojos. Se encogió de hombros y respondió:

—¿Cómo quieres que lo sepa? Para verlo, a lo mejor.

Ella apartó la mirada y siguió el haz de luz con los ojos, hacia la ventana, en silencio.

—Está muerto —dijo al fin—. Murió con solo diecisiete años. ¿No es horrible morir tan joven?

—Bueno ¿y qué hacía? —preguntó Gabriel, aún con ironía.

—Trabajaba en la fábrica de gas.

Gabriel se sintió humillado por el fracaso de su ironía y por la evocación de esa figura de entre los muertos: un joven trabajador del gas. Mientras él había estado lleno de recuerdos de su vida privada juntos, lleno de ternura, de alegría y de deseo, ella había estado comparándolo en su cabeza con otro. Lo asaltó de pronto una vergonzosa percepción de su propia persona. Se vio como una figura ridícula, que hacía de chico de los recados para sus tías, un sentimental nervioso y bienintencionado, que soltaba sus peroratas ante gente vulgar e idealizaba sus propios y absurdos deseos, el tipo fatuo y deplorable que había avistado de reojo en el espejo. Instintivamente, le dio más la espalda a la luz, por temor a que ella pudiera verle la vergüenza que le ardía en la frente.

Trató de mantener el tono de frío interrogatorio, pero al hablar su voz sonó humilde e imparcial.

—Doy por hecho que estabas enamorada de ese tal Michael Furey, Gretta —dijo.

—Me sentía muy a gusto con él por aquel entonces.

La voz de ella era velada y triste. Gabriel, al darse cuenta de lo vano que sería intentar llevarla adonde había pretendido, le acarició una de las manos y le dijo, también en tono apenado:

—¿Y de qué murió tan joven, Gretta? ¿Fue de tuberculosis?

—Creo que murió por mí.

Un terror vago se apoderó de Gabriel ante aquella respuesta, como si, en el preciso momento en el que había esperado triunfar, un ser impalpable y vengativo se hubiera levantado para enfrentarlo, reuniendo en su vago mundo fuerzas contra él. Sin embargo, se deshizo de ese terror gracias al trabajo de la razón y siguió acariciándole la mano. No le preguntó más, pues creyó que ella le hablaría sin tener que pedírselo. Le notaba la mano cálida y húmeda: no respondía al tacto de él, pero Gabriel continuó con las caricias, igual que había acariciado la primera carta que ella le había enviado una mañana de primavera.

—Fue en invierno —empezó la mujer—, más o menos a principios

del invierno, cuando yo estaba a punto de irme de casa de mi abuela para venirme aquí, a estudiar al convento. Por entonces, él estaba enfermo, recluido en su casa de Galway, y no salía, y le escribí a su familia al pueblo, Oughterard. Estaba muy deteriorado, me dijeron, o algo así. Nunca supe bien qué pasaba.

Hizo una pausa y suspiró.

—Pobre… Me tenía mucho cariño y era un muchacho muy dulce. Salíamos juntos con frecuencia, a pasear, como hace la gente del campo, Gabriel. Quería estudiar canto para cuidarse la salud. Tenía muy buena voz. Pobre Michael Furey.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues, cuando llegó la hora de marcharme de Galway para venirme al convento, él había empeorado mucho y no me permitieron ir a verlo, así que le escribí una carta para decirle que me iba a Dublín y que volvería en verano, y que esperaba que entonces estuviese mejor.

Volvió a hacer otra pausa para controlar bien la voz, antes de continuar:

—Y entonces, la noche antes de irme, estaba haciendo el equipaje en casa de mi abuela, en el barrio de Nun's Island, y oí piedrecitas chocar contra la ventana. La ventana estaba tan húmeda que no vi nada al asomarme por el cristal, así que bajé corriendo las escaleras y me escapé por la parte de atrás al jardín, y allí estaba el pobre, al fondo, tiritando.

—¿Y no le dijiste que se volviese a su casa? —le preguntó Gabriel.

—Le imploré que lo hiciera de inmediato y le dije que iba a morirse allí bajo la lluvia. Pero me respondió que no quería vivir. ¡Le veo los ojos ahora mismo, perfectamente! Estaba de pie, al fondo del muro, donde había un árbol.

—¿Y se marchó a casa?

—Sí, se fue. Cuando yo llevaba solo una semana en el convento, se murió y lo enterraron en Oughterard, de donde era su familia. Ay, el día que me enteré… ¡Cuando me enteré de que estaba muerto!

La mujer se detuvo, ahogada entre sollozos y, superada por la emoción, se tiró bocabajo en la cama, llorando en la colcha. Gabriel le sostuvo la mano un momento más, indeciso, y luego, con miedo a inmiscuirse en su duelo, se la dejó caer con suavidad y se fue en silencio hasta la ventana.

Ella dormía profundamente.

Gabriel, apoyado en el codo, se quedó mirando unos instantes sin resentimientos el pelo enredado de la mujer y su boca semiabierta, escuchándola respirar hondo. Conque había tenido esa historia de amor en su vida… Un hombre había muerto por ella. Le dolía intensamente pensar en el papel tan pobre que él, su esposo, había desempeñado en la vida de ella. La observó mientras dormía, como si nunca hubiesen vivido juntos como marido y mujer. Sus ojos curiosos se posaron largo rato sobre la cara y el pelo de ella y, mientras pensaba en el aspecto que habría tenido entonces, en aquel tiempo de su primera belleza juvenil, le nació en el alma una lástima extraña y afable. No le apetecía decir, ni siquiera para sí mismo, que ya no tenía una cara bonita, pero sabía bien que aquella no era la cara por la que Michael Furey había desafiado a la muerte.

Quizá la mujer no le hubiese contado toda la historia. Los ojos se le desplazaron a la silla en la que ella había echado parte de su ropa. Una tira de la combinación colgaba hacia el suelo. Había una bota en pie, con la parte superior, blanda, caída; su compañera estaba tumbada al lado. Se maravilló ante el derroche de emociones que había vivido una hora antes. ¿De dónde le había venido todo aquello? De la cena de su tía, del estúpido discurso, del vino y del baile, del jolgorio al despedirse en el recibidor, del placer de caminar por el río bajo la nieve. ¡Pobre tía Julia! También ella sería pronto una sombra junto a la sombra de Patrick Morkan y de su caballo. Había llegado a verle esa mirada demacrada en el rostro durante un instante mientras cantaba Arrayed for the Bridal. Pronto, quizá, estaría sentado en aquel mismo salón, vestido de

negro, con el sombrero de seda apoyado en las rodillas. Las persianas estarían bajadas y tendría a la tía Kate sentada a su lado, llorando y sonándose la nariz, y contándole cómo había muerto Julia. Él rebuscaría en su mente unas palabras que pudieran consolarla, y solo encontraría expresiones pobres e inútiles. Sí, desde luego: eso ocurriría muy pronto.

El aire de la habitación le enfrió los hombros. Se estiró con cuidado bajo las sábanas y se tumbó junto a su esposa. Uno a uno, todos se iban convirtiendo en sombras. Mejor pasar al otro mundo con atrevimiento, en el apogeo de alguna pasión, que desvanecerse y marchitarse de manera sombría con la edad. Pensó en cómo la mujer que estaba tumbada a su lado había albergado en el corazón durante tantos años esa imagen de los ojos de su amado mientras le decía que no deseaba vivir.

Unas lágrimas generosas llenaron los ojos de Gabriel. Él nunca había sentido eso por ninguna mujer, pero sabía que una sensación así debía ser amor. Las lágrimas se le agolparon con mayor densidad en los ojos y en aquella oscuridad parcial imaginó que veía la silueta de un joven de pie bajo un árbol que goteaba. Cerca había otras siluetas. Notaba que el alma se le había aproximado a esa región en la que moran las vastas huestes de los muertos. Era consciente de la existencia caprichosa e intermitente de esos muertos, pero no lograba concebirla. Su propia identidad se difuminaba en un mundo gris e impalpable: el mundo sólido que en otros tiempos los muertos habían cultivado y en el que habían vivido se disolvía y menguaba.

Unos golpecitos ligeros en la hoja lo hicieron volverse hacia la ventana. Había empezado a nevar de nuevo. Observó adormilado los copos, plateados y oscuros, que caían en oblicuo contra la luz de la farola. Había llegado el momento de que emprendiese su viaje al oeste. Sí, los periódicos tenían razón: la nieve era una cosa generalizada en toda Irlanda. Estaba cayendo en todas y cada una de las partes de la oscura llanura central, en los montes sin árboles, cayendo, con suavidad, sobre la turba de Bog of Allen y, más al oeste, cayendo con suavidad entre las olas oscuras y rebeldes del río Shannon. Caía asimismo sobre todas y cada una de las partes del solitario camposanto del monte en el que Michael Furey estaba

enterrado. Reposaba formando gruesos montículos sobre las cruces y lápidas torcidas, sobre las lanzas de la portezuela, sobre las estériles espinas. El alma se le desmayaba lentamente mientras oía la nieve, casi imperceptible, caer por el universo, caer casi imperceptible, como el descenso mismo del final definitivo, sobre todos los vivos y todos los muertos.

1. Mary Jane es la organista de la iglesia de St. Mary, localizada en Haddington Road y considerada uno de los templos más importantes de Dublín. Llega allí tras estudiar en la Royal Irish Academy of Music, en el centro de Dublín. También en el centro se ubicaban los Antient Concert Rooms, un espacio dedicado a conciertos y recitales.

(Todas las notas son de la traductora del relato.)

2. Jane hace de voz soprano en Adam and Eve's, el nombre popular con el que se conoce la iglesia franciscana de la Inmaculada Concepción, situada cerca de la calle Usher's Island.

3. Robert Browning fue un poeta y dramaturgo inglés del siglo XIX que se enmarca en la tradición de autores victorianos. Destaca por la dificultad de su vocabulario y su sintaxis, así como por el uso de la ironía, el humor negro y la crítica social. Por su parte, entre 1807 y 1834, el poeta romántico irlandés Thomas Moore publicó lo que se conoce como las Melodías irlandesas, una colección de poemas de temática sentimental, patriótica y burlesca, muy populares en Irlanda.

4. El pueblo de Monkstown está situado a unos ocho kilómetros de Dublín, en el sureste, y en la época era un lugar acomodado y muy en boga.

5. Merrion es otro pueblo ubicado al sureste de Dublín, aunque más cerca de la ciudad que Monkstown, a menos de cinco kilómetros.

6. Los Christy Minstrels fueron un grupo neoyorquino que en el siglo XIX hacía espectáculos musicales y teatrales basados en la caricaturización y la ridiculización de la población negra. Aparte de recurrir a pintarse la cara de negro, utilizaban en sus montajes golliwogs, unos muñecos de trapo también ideados para ridiculizar a la raza negra. Es esa palabra, golliwog, la que Gretta relaciona con los chanclos, que en inglés se llaman galoshes.

7. El hotel Gresham es uno de los mejores alojamientos de Dublín y está ubicado en una de las calles principales de la zona norte de la ciudad, aún en el centro.

8. En la década de 1480, Ricardo de Gloucester, hermano del entonces rey de Inglaterra, Eduardo IV, mandó encerrar en la Torre de Londres a sus dos sobrinos e hijos del rey, Eduardo (heredero al trono) y Ricardo. Nadie volvió a ver a los niños, mientras que su tío acabó coronándose rey como Ricardo III.

9. El municipio de Balbriggan se encuentra a más de treinta kilómetros de Dublín; en una de sus parroquias, era coadjutor el hermano de Gabriel. Por su parte, la Royal University era un organismo examinador (no una universidad como tal) que tenía la potestad de conceder títulos universitarios y favorecía las tradiciones inglesas y protestantes por encima de las irlandesas y católicas.

10. El periódico en el que escribe Gabriel, de ideología conservadora y unionista, tenía un fuerte sesgo probritánico y, por lo tanto, antiirlandés. El propio Joyce escribió reseñas de libros para The Daily Express entre 1902 y 1904.

11. Para contextualizar la cuestión económica, esta cantidad

correspondía al salario semanal de muchos trabajadores de Irlanda.

12. A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, hubo un debate de mucho peso en Irlanda sobre «la cuestión universitaria», centrado en cómo afrontar las diferencias entre católicos y protestantes en cuanto a las enseñanzas superiores, así como en la presencia de las mujeres en las universidades.

13. Las islas Aran son un grupo de islas situadas junto a la costa oeste del condado de Galway. La población es principalmente de habla irlandesa, con una fuerte influencia de la mitología tradicional del país. Por su parte, Connacht es una de las cuatro provincias de Irlanda, ubicada al noroeste, a la que pertenece el condado de Galway. Cabe destacar que la zona occidental de Irlanda tenía un carácter más nacionalista y tradicional que la zona oriental.

14. En el Phoenix Park de Dublín, próximo a donde se celebraba la fiesta, hay un monumento al duque de Wellington, personaje nacido en la ciudad, pero que siempre se negó a considerarse irlandés y que defendía las políticas británicas de control sobre los irlandeses.

15. La canción «Engalanada para el casamiento» es una adaptación de un fragmento de la ópera I Puritani, de Vincenzo Bellini, al que George Linley puso letra.

16. En 1903, el papa Pío X decretó motu proprio la exclusión de las mujeres de los coros de las iglesias escudándose en que eran una parte crucial de la liturgia.

17. La exclamación de la mujer significa en irlandés «Dios te bendiga» y se utiliza en ocasiones como equivalente de «adiós».

18. Georgina Burns fue una famosa soprano inglesa de finales del siglo XIX y principios del XX. Tuvo graves problemas de salud, quizá similares a los de la protagonista de la ópera Mignon, de ahí la asociación de ideas de Mary Jane.

19. Se mencionan aquí varios cantantes de ópera de distintas nacionalidades, todos muy reconocidos en su época.

20. Este episodio ocurrió de verdad en Dublín, en 1868. Una de las sopranos antes mencionadas, la alemana Therese Tietjens, interpretó «The Last Rose of Summer», de Thomas Moore, y cautivó de tal manera al público que unos muchachos acabaron tirando de su carruaje para llevarla al hotel en el que se alojaba. Una vez allí, la soprano se vio en la tesitura de tener que volver a cantar la pieza para calmar los ánimos de la multitud.

21. La abadía mencionada, de la orden cisterciense y situada en el sureste de Irlanda, era en la época un conocido retiro para el tratamiento y la cura del alcoholismo.

22. Se refiere aquí a hervir cola de pezuña, que es la manera de obtener un tipo de pegamento natural hecho a base de la queratina de las pezuñas de los caballos.

23. La calle mencionada, Back Lane, en el centro de Dublín, no era una zona nada elegante, sino todo lo contrario, por lo que son pocas las probabilidades de que hubiese mansiones allí.

24. En aquella época, en el centro de Dublín había una estatua ya desaparecida dedicada al rey Guillermo III de Inglaterra, monarca protestante que derrotó a los irlandeses en la Batalla del Boyne. El rey murió tras caerse del caballo, por lo que los irlandeses nacionalistas adoraban a ese animal y los irlandeses unionistas lo detestaban.

25. La música europea suele basarse en una escala de ocho tonos, mientras que algunas músicas tradicionales antiguas, como la irlandesa, siguen una escala pentatónica. Al adaptar este último tipo de canciones a una escala octatónica, la dificultad es mayor y el resultado suena extraño a oídos no acostumbrados.

26. El hombre está cantando The Lass of Aughrim (La muchacha de Aughrim), en concreto los versos: «O, the rain falls on my heavy locks / And the dew wets my skin, / My babe lies cold». Se trata de una melodía tradicional irlandesa de la que existen diferentes versiones, con letras ligeramente distintas pero que cuentan la misma historia: un joven lord seduce y deja embarazada a una muchacha campesina para luego abandonarla; ella intenta pedirle ayuda, pero la madre del joven consigue ahuyentarla, hasta que al final la campesina y el bebé mueren y el lord se lamenta y maldice a su madre. Nora, la esposa de Joyce, le cantaba esta canción al escritor.

27. Se trata de una estatua de Daniel O'Connell situada en la calle que lleva su nombre. O'Connell fue un héroe irlandés conocido como el Liberador por su lucha para conseguir la independencia irlandesa de manera pacífica. Logró que se alcanzara la emancipación católica en 1829.

28. Era costumbre que, para la época navideña, se abriesen pequeños negocios temporales que solo vendían tarjetas de Navidad. Los beneficios solían ir íntegros (o casi) a obras de caridad.

Primera edición: noviembre de 2022

Primera edición digital: noviembre de 2022

Título original: The Dead

Diseño de la colección: Enric Jardí

Imagen de la cubierta: Sandra Rilova

Maquetación: Mireia Barreras

© 2022, Sandra Rilova, por las ilustraciones

© 2022, Esther Cruz Santaella, por la traducción

© 2022, Catedral, por la edición

Dirección editorial: Ester Pujol

Catedral es un sello de Grup Enciclopèdia

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

ISBN: 978-84-18800-40-5

Producción del ePub: booqlab

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública

o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas.